

Guerra y Hegemonía 1939-1945

El Frente Popular y la política exterior

El período entre el 25 de octubre, la elección, y el 24 de diciembre, cuando asume Aguirre, fue casi tan tenso como lo sería en 1970. Aunque el gobierno informó del resultado exacto la misma noche del 25 de octubre —una hazaña teniendo en cuenta las costumbres latinoamericanas y las comunicaciones de entonces—, la candidatura de Ross impugnó los resultados algunos días después. Pero los jefes del Ejército y de Carabineros, en una especie de intervención militar, desaconsejaron todo reclamo.

Al parecer, el propio Arturo Alessandri estuvo tras la maniobra de los jefes militares, ya que prefería ver coronada su obra con un cambio institucional ordenado, y no abrir paso a una aventura incierta. De rostro grave, acompañado por la mirada rencorosa de una turba hostil, el León entregó la banda a un Pedro Aguirre de sonrisa resplandeciente. Era el nuevo ídolo del "pueblo"; su corta presidencia, guillotizada por la enfermedad y luego por su muerte, en noviembre de 1941, aseguró esta posición por largo tiempo. Pedro Aguirre Cerda, el ungido por los "sectores populares", el "pueblo" en suma, era también el candidato del Frente Popular, en teoría del "antifascismo". Levantó su mano derecha empuñada, como signo de su línea política, la izquierda; pero en el puño mantenía también los guantes blancos, cuyo uso era de rigor con el frac. Fue tomado como señal de transacción con el sistema, al que, por lo demás, él pertenecía plenamente¹.

Se podría decir que el "antifascismo" era la máscara; que el eje del Gobierno, el Partido Radical y uno de los corazones del "sistema"; representaba el rostro verdadero. Pedro Aguirre Cerda (1879-1941) había sido integralmente un político del "antiguo régimen", siendo el último Ministro del Interior de Arturo Alessandri, antes de que este fuera depuesto por el movimiento militar en 1924². Después había sido funcionario público durante la "dictadura de Ibáñez", aunque por su bajo perfil nunca se le identificó con ese gobierno. Se podría decir que tuvo una evolución desde el centro a la centro-izquierda, y que a partir de 1938 representó lo que en términos europeos se ha llamado orientación

"liberal-democrática". En 1936, la primera de las paradojas, dentro del Partido Radical, se opuso a la idea de la formación de un "Frente Popular", ya que temía a los comunistas, pero la moción fue ganada por su defensor, Juan Antonio Ríos, el que a su vez había sido más claramente partidario de Carlos Ibáñez. Sin embargo, fue Aguirre quien mejor manejó los hilos del poder dentro del partido, y logró la nominación como pre-candidato y luego candidato del Frente Popular en las decisivas elecciones de 1938.

La campaña, la amarga disputa con Gustavo Ross, y el "aire de época", dejarán en él una marca de "amigo del pueblo" que acompañará su leyenda hasta el día de hoy. Su funeral en noviembre de 1941 fue ocasión de una impresionante muestra de "duelo popular". Se había identificado con los "humildes y ofendidos", y así sería recordado. Pero nada en su trayectoria autorizaría a afirmar que Aguirre estuvo en la estela de una tradición revolucionaria, o al menos de drástica ruptura en el orden social o político. Si que el gobierno del Frente Popular, marcó la elección por una economía política internacional que posteriormente sería bautizada como "sustitución de importaciones"; y lanzaría el régimen de un Estado empresarial, y de preferencias por el "estatismo" como la política "moderna". En este sentido, la Segunda Guerra Mundial ayudaría a consolidar el proceso.

El programa del Frente Popular afirmaba que el gobierno de Alessandri tenía abandonado "el patrimonio nacional". Para remediar la situación, se proponía implantar la "planificación de la economía nacional"; la "modificación de la COVENSA "de acuerdo a los intereses de nuestra economía"; la "revisión del pago de la deuda externa" para desviar esos fondos a gastos sociales; y una nueva "legislación sobre las empresas imperialistas" para proteger el "patrimonio nacional".

En la parte "internacional" del Programa, se pronunciaba por apoyar a la "defensa nacional" dotando adecuadamente a las fuerzas armadas para "resguardar nuestra soberanía". Sería una declaración de rigor de las diversas candidaturas presidenciales en las décadas de la Constitución de 1925. El programa afirmaba apoyar la "defensa de la paz americana". Aquí se sostenía, en el fondo, mantener la continuidad de la política exterior chilena ante los acontecimientos europeos. Es decir, no había que innovar en una tradición que venía del siglo XIX, de mantener buenas relaciones de manera pareja con las principales potencias europeas, y en caso necesario, conservar la neutralidad a todo trance, tal como se había hecho en la "Gran Guerra" (1914-1918). No era otra, por lo demás, la política que oficialmente seguía la principal potencia americana, los Estados Unidos, y desde luego los países más importantes de América Latina.

Comparado con 1964 y 1970, ¿hubo alguna alarma continental por el triunfo frente populista en Chile? Si la hubo, no hay huella. Los intereses norteamericanos

en Chile ayudaron la candidatura de Ross. Después el embajador Norman Armour fue claro en su apoyo al presidente electo. Más que eso, el Departamento de Estado, conjuntamente con los intereses norteamericanos, envió al ex embajador William Culbertson para que explorara el ambiente con el Presidente electo. Aunque advirtió que Aguirre estaba consciente del apoyo que se había dado a Ross, afirmó que estaba dispuesto a tener buenas relaciones con EE.UU. Eso era suficiente. Pero, más todavía. Una parte de la misión de Culbertson consistía en convencer a la derecha que aceptara el triunfo de Aguirre⁴. Aunque siempre es difícil precisar que importancia tuvo esta gestión, ya que la derecha era capaz de sacar sus propias conclusiones, muestra de aceptación y después de simpatía que Aguirre tenía en Washington.

Este acercamiento no sólo era una prueba de que Washington no temía al Frente Popular, sino que en ciertos círculos políticos y académicos se le empezaba a admirar. En el mundo "liberal" (en inglés), sería de rigor admirar a la izquierda latinoamericana como el producto más "genuino" de esos países. La protesta, dentro de EE.UU., contra el capitalismo norteamericano se volcaba en defensa de su "víctima", América Latina, y la defensa de todas las causas que reivindicaran sus derechos. Mezcla de pasión y encantamiento moral (y moralista), y de cálculo, esta aproximación nace en los 1930 y tendrá profunda influencia hasta comienzos del siglo XXI. La idea, entre los norteamericanos, de que los "dueños de fundo" eran culpables del atraso de Chile, es producto de un autor, Georges McCutchen McBride⁵. Un conocido autor acerca de temas latinoamericanos, Frank Tannenbaum, se entrevistó con Aguirre e informó con entusiasmo a la embajada⁶.

En líneas generales, la acción internacional de Aguirre, muy mediatizada por "la guerra que viene" y que vino, mostró una línea tradicional al momento de plantearse ante cada uno de los temas. Al interior del país, sin embargo, comenzó un estilo ideológico ("en qué bando se está") que tendría repercusiones en la Cancillería. Así, 1938 junto con 1953 y 1973, están asociados a purgas que expulsaban con buenos y malos motivos a numerosos funcionarios de carrera. Esto afectaba el desempeño y el prestigio, aunque en general se olvidaba pronto. El carácter político-social de los nombramientos saltaba a la vista, como en todo el mundo, mas a partir de 1938 se formalizó, casi sin interrupción, el carácter de "spoils system" que parte de los nombramientos siempre tendría. En los primeros años hubo más caos que el que correspondería a un cambio de gobierno normal, y los nombramientos estarían, en el futuro, más ligados a la guerrilla política interna que lo que había sido hasta el momento.

Hasta que Juan Antonio Ríos asume como Presidente, el 2 de abril de 1942, hubo seis cancilleres. Abraham Ortega lo fue desde 1938 hasta febrero de 1940. Luego habrá cuatro cortas cancillerías hasta junio de 1941, cuando la asume un

líder político interno, Juan Bautista Rossetti⁷. La crisis no era un asunto de efectividad de hombres, o de circunstancias que se imponían, sino que fue resultado de la crisis de las relaciones entre sí de los partidos que apoyaban al Presidente. La "política" tenía su cara de desidia, irresponsabilidad, refugio de cabildos. Aunque formalmente era la derecha, la que hacía la oposición, la paralización del gobierno en la última fase de la corta Presidencia de Aguirre estuvo marcada por esa lucha de los partidos del Frente Popular en virtual guerra civil política entre ellos, y de ellos contra el Presidente. Esto tiene que ver con la política interna. Con todo, dentro de la izquierda, esta pugna también se enmascara con los argumentos políticos de la guerra. Socialistas y comunistas dividirán sus aguas a partir del Pacto Nazi-Soviético del 23 de agosto de 1939.

En una primera fase, en 1939, el Gobierno y la Cancillería dejaban traslucir su postura desafiante en temas que tenían connotación ideológica. Demoró mucho el nombramiento de un embajador en Roma y quiso imponer a un sacerdote, el padre Guillermo Viviani, defensor de ideas de orientación "social" como embajador ante la Santa Sede. Esta no se iba a dejar provocar. Hubo problemas con el gobierno español, pero el estímulo ideológico venía, en general, de Madrid. Además de ser errores de todo nuevo gobierno en un momento de convulsión global, muy luego también se impuso la prudencia⁸. El estallido de la "guerra del 39" aconsejaba caminar como pisando huevos. El orden mundial colapsaba y no se sabía por donde podía caer el garrote. Cuando se critica por "indiferente" este tipo de políticas, se olvida el destino de Polonia, por poner un caso extremo.

Otra cosa fue que el aparato del Frente Popular, los funcionarios recién nombrados y la prensa adicta al régimen, sobre todo desde el diario estatal *La Nación*, vomitaban agitación contra Alemania, Italia y España. El embajador alemán incluso fue, al parecer, llamado a Berlín. Hubo mucha animosidad entre miembros de la Embajada o funcionarios de empresas e instituciones alemanas en Chile, y los enardecidos políticos de nuevo cuño, provistos del lenguaje "antifascista". En esa época, los gobiernos protestaban porque en un diario aparecían artículos considerados injuriosos, y un argumento de la oposición de derecha para criticar al Gobierno era que los parlamentarios de izquierda, básicamente socialistas y comunistas, injuriaban a un "Jefe de Estado" de un país siempre amigo de Chile. A partir de septiembre de 1939 esto haría peligrar la neutralidad. Hay que recordar, que entonces la definición implícita de "interés nacional" era más amplia que al momento de escribirse estas líneas, y que se consideraba un deber elemental ejercer una especie de autocensura para defender los "intereses superiores de la nación". Como siempre, también se manipulaba esta costumbre.

De la "guerra del 39" a Pearl Harbor

Con este primer nombre se conoció a la guerra por un tiempo, hasta que las dimensiones permitieron bautizarla como la Segunda Guerra Mundial, y automáticamente Primera Guerra Mundial a la "guerra del 14". No era un acontecimiento bien recibido en Chile. Además de las razones humanitarias, profundas o superficiales, se temían las consecuencias económicas de una guerra, aunque una minoría, siguiendo la "viveza" criolla, soñaba que el conflicto iba a traer prosperidad a los neutrales⁹. Había incomodidad y temor a tener que elegir bando y resultar, a la postre, condenado junto a los perdedores. La "lección de la historia", es decir, aquello que se cree "enseña" la historia, indicaba que aferrarse a la neutralidad era la política correcta. En el fondo, el cambio político de 1938 no modificó el enfoque fundamental del país¹⁰.

Los días iniciales de la guerra estuvieron llenos de paradoja. El pacto Nazi-Soviético del 23 de agosto de 1939, uno de los hechos más significativos del siglo, ayudó a profundizar la latente rivalidad comunista-socialista. En los primeros días la reacción estuvo opacada por el "Ariostazo" (25 de agosto), un intento de cuartelazo militar contra Aguirre, en el espíritu del 18 de julio español. Pero el estallido definitivo de la guerra el 3 de septiembre hizo que las cosas tuvieran que enfocarse más cuidadosamente en el Gobierno, o con más vociferación en la política. Como era previsible, los comunistas defendían una neutralidad cargada de tintes "antifascistas", pero no podían ocultar el giro inusitado según el cual declarar la guerra a Alemania era parte de una "guerra imperialista", el régimen nazi considerado ahora como esencialmente idéntico a las potencias aliadas, "imperialistas" de suyo. El Gobierno, por decreto del 8 de septiembre, declaró la neutralidad con el mismo lenguaje claro de 1914, afirmando que lo hacía "de acuerdo con el sentimiento público e ideología del actual gobierno"¹¹. El decreto también conminaba a los chilenos a que "guarden prudencia en todos los actos públicos y privados" que afectaran las relaciones del país con cualquiera de los beligerantes. Así, ser neutral debía significar un acto público y privado. No era tan sencilla la cosa, pero en el teclado internacional de entonces esto era lo usual.

Los comunistas optaron por defender a cualquier precio la "neutralidad", y lo harían hasta la madrugada del 22 de junio de 1941; seguían las aguas de la URSS, claro que a partir de un convencimiento propio. La URSS ha aceptado "la más plena neutralidad, como corresponde a un país en el cual no hay capitalistas"¹².

Existen, además, a trazo grueso, otros dos lenguajes (o "discursos") que muestran el vínculo entre la *política mundial* y el Chile activo de la época. Desde la perspectiva de los frentistas, se trataba de negar que la neutralidad de La Moneda significase indiferencia política y moral. De ahí que se planteara la "no

neutralidad moral" ante el conflicto, tal como lo expresó el diputado socialista Jorge Eduardo Hübner¹³. Se apoyaba la política oficial de neutralidad absoluta, se expresaba a la vez una filiación emotiva con esa parte del "antifascismo" de la izquierda radical o de la democrática, pero que no tenía como paradigma vinculante a la URSS: junto con condenar a las "potencias imperialistas", Inglaterra y Francia, no podían dejar de tenerles simpatías por haber sido las primeras que llegaron a la guerra con el nazismo. Estos sentimientos encontrados se pusieron más tensos a raíz de la "Guerra de Invierno", el ataque soviético a Finlandia, entre diciembre de 1939 y marzo de 1940, ya que el país había sido asignado a Moscú como "esfera de influencia" por el pacto del 23 de agosto; aunque Finlandia tuvo finalmente que ceder a las pretensiones soviéticas, su resistencia impidió su sovieterización.

Como se comprenderá, fue una *cause célèbre*; levantó indignación y un tema popular para defender. Hasta Mussolini se permitió un amago de independencia ante Hitler a raíz de esta agresión. El Vaticano y Roosevelt estuvieron entre los que más protestaron, y parecía, a tenor de las declaraciones, que la guerra derivaría en un combate entre el "totalitarismo" y la "democracia". Estos hechos atizaron en Chile la postura de "no neutralidad moral", y hubo un profundo debate parlamentario para sacar una declaración de apoyo al Gobierno, que a la vez condenaba la invasión a Finlandia. Hubo una encendida polémica entre comunistas de una parte, y las fuerzas frentistas y las de derecha por otro lado. El falangista Ricardo Boizard (1903-1983) lo expresó con más vehemencia y riqueza de palabra, distanciándose de La Moneda, ya que la "Cancillería ha dicho que 'lamenta' la situación de Finlandia. No condena, no protesta. Simplemente 'lamenta'"¹⁴.

El tercer lenguaje frente a la guerra venía de la oposición, es decir, la derecha, a grandes rasgos, ya que no se debe olvidar que su contenido era, hasta cierto punto, intercambiable por los diversos actores. Este lenguaje defendía la neutralidad absoluta con un dejo de valoración de *Realpolitik*. Un país pequeño debe permanecer inmutablemente ligado a sus "lecciones de la historia". Chile no puede pronunciarse sobre las disputas europeas. Además, se insiste, la izquierda y otros grupos querían llevar a Chile a ponerse en contra de Alemania, país al que se le debe tanto, por inmigración, por las instituciones, ... "No es necesario enumerar lo que Alemania ha hecho por nosotros (...). No es esta la oportunidad ni el momento de atacar a una nación que está sufriendo, de injuriar un Jefe de Estado que ha llevado el cumplimiento del deber hasta el mismo campo de batalla", decía el diputado conservador Manuel José Irrázabal¹⁵. Se ve que Hitler no sólo era un Jefe de Estado legítimo, sino que a veces se asemejaba a un modelo.

Raúl Marín Balmaceda, liberal, tras alabar a Francia e Inglaterra, afirmaba que no sería "sincero ni un patriota verdadero si no tuviera que reconocer como

chileno, que a ningún pueblo de la tierra debe la República de Chile mayor gratitud que al pueblo alemán"¹⁶. Como se ve, aunque se tanteaba una distinción entre régimen y país, a la vez se les confundía. Desde 1939 hasta enero de 1943, se recordaba insistentemente la presunta oposición de Bismarck para impedir una intervención europea que diera término a la Guerra del Pacífico de manera relativamente desfavorable a Chile. Se citaba continuamente la experiencia de la Primera Guerra Mundial, donde se creía que Chile había ganado prestigio por su neutralidad. En analogía con un fuerte sentimiento entonces en EE.UU., se decía que eran conflictos ajenos al país. El diputado Antonio Varas resumía este sentimiento: "La América no tiene nada en común con esta lucha de siglos"¹⁷.

Todo esto se podría discutir en cuanto a que "fue así", tan enfáticamente, pero es una imagen que se tenía (y en parte se tiene). Este lenguaje, que no era sólo de "derecha", manifestaba la incomodidad de criticar a Alemania, donde rara vez había distinción expresa entre país y régimen. De alguna manera se sentía a la Alemania nazi relativamente cercana a los intereses chilenos, aunque puestos entre la espada y la pared, los parlamentarios y los editoriales de prensa de tinte neutralista mostraran su preferencia por los países anglosajones, que "han hecho lo que han podido, por evitar el actual conflicto"¹⁸. En el fondo, las simpatías con Alemania partían de una fuerte dependencia sentida positivamente con los aliados, con el "sistema" franco-anglo-norteamericano. ¿Y el Gobierno? El equipo que asumió la dirección de política y buena parte de los embajadores políticos, eran partidarios de los aliados, en diverso grado. En algunos casos, como Gabriel González Videla (1898-1980) en Francia, permanecería hasta 1946 fiel a su ideario "antifascista". Pero, de 1939 a 1941 no se sabe de ningún miembro del aparato diplomático que, en este sentido, haya ido más allá de las instrucciones. Eso sí, no era del todo raro que el embajador en Berlín, "político", Tobías Barros Ortiz, simpatizara en general con la causa alemana. Hay que recordar que la neutralidad suponía, en todo el mundo, una actitud que limitaba en los hechos la libertad política de individuos, ya que ningún ciudadano podía efectuar actos que menoscabaran a algunos de los países envueltos en el conflicto¹⁹.

La delegación chilena participó en dos reuniones panamericanas de singular importancia. Tal como estaba previsto desde Lima (1938), se convocó a una de urgencia en Ciudad de Panamá el 23 de septiembre de 1939. Esta Conferencia, a la que en vez del Canciller Ortega fue una delegación encabezada por el diplomático Manuel Bianchi Gundián, acordó crear una zona de exclusión de 300 millas en torno al continente americano, amén de las usuales declaraciones de solidaridad. Sin duda, significó un avance para la estrategia norteamericana de alcanzar la unificación de política exterior continental frente al conflicto; esto

acentuaba el liderazgo de Washington. Demás está decir que lo de "300 millas" era inútil en términos prácticos; la Batalla del Río de la Plata, en la que fue obligado a hundirse el acorazado de bolsillo alemán, "Graf Spee", testimonia esta impotencia. El lenguaje de la Declaración ("los pueblos de América han alcanzado la unidad espiritual") estaba redactada de acuerdo a principios occidentales, democráticos, con énfasis en el derecho internacional.

La Batalla de Francia, en mayo y junio de 1940, cambió de manera radical el mapa estratégico de Europa y de la guerra. Ante la protesta de los países neutrales invadidos (Noruega, Dinamarca —que no protestó—, Holanda, Bélgica, Luxemburgo), Chile invariablemente respondía que "lamentaba profundamente" lo ocurrido, y que hacía votos por una "feliz solución al diferendo que separaba a dos países amigos del nuestro"²⁰. Puede sonar una frase hipócrita, pero sólo desde la perspectiva de quien sabe como terminaron las cosas. FDR roncaba y tronaba frente a la expansión alemana, pero en los hechos, su política no difería, hasta comienzos de 1941, de la que modestamente seguía La Moneda. Puede que haya habido inconciencia y frivolidad en Chile; por cierto, la había. Pero seguía también el mandato de don Andrés Bello, de recordar el sino de Polonia. Se sabe además, hoy en día, cómo sufría Polonia y los polacos a comienzos de los años cuarenta. Lo intuían algo en ese entonces en las calles del centro de Santiago.

La Batalla de Francia originó otra reunión panamericana, la Conferencia de La Habana del 21 al 31 de julio de 1940. Junto con Panamá, dieron origen a una serie de organismos interamericanos que fortalecían las relaciones hemisféricas y, en el fondo, la solidaridad con Washington. Además de enunciar el principio de "no transferencia", que ninguna colonia europea en América podía cambiar de soberanía de un Estado europeo a otro de ese mismo continente, la Conferencia acordó declarar "no beligerante" a todo país americano que sufriera una agresión no provocada de una potencia extracontinental. En este caso, no se aplicaría la legislación de neutralidad al país americano, lo que pavimentaba el apoyo norteamericano a Inglaterra y su posible ingreso a la guerra. La Ley de Préstamos y Arriendos de marzo de 1941, impulsada por FDR para asistir a los países que cooperaran en la lucha contra el Eje, se usó para ayudar a la afligida Inglaterra y después a la URSS, antes de Pearl Harbor.

Chile envió una amplia delegación a La Habana, encabezada por el Ministro de Fomento, es decir, de la CORFO, el líder socialista Oscar Schnake y se apoyó todo lo acordado²¹. Tan significativo como esto fue la consecuencia política. Los socialistas avanzaron un paso más en la dirección de favorecer a los aliados. Especialmente, en su lenguaje y sentimientos, empezó a desarrollarse un empatía con el EE.UU. del New Deal; fue muy cierto en el caso de Schnake, quien después efectuó una gira por EE.UU. Esto fue sintomático del recrudecimiento de la pugna entre socialistas y comunistas, lo que se vio morigerado por el ataque

de Alemania a la URSS, el 22 de junio de 1941. El Partido Comunista dió un vuelco espectacular, que incluyó un cambio a última hora del titular de *El Siglo*, su diario oficial. Esta situación influyó en la posición de la izquierda, siempre más pronta a las alteraciones de la *política mundial*. El "frente antifascista" emergía como "frente nacional" según los comunistas, aunque el influjo de EE.UU. fue más fuerte en los socialistas. En el resto de los grupos, la política de neutralidad no merecía mayor reparo, salvo aquello de la "no neutralidad moral".

Mientras EE.UU. se acercaba ostensiblemente a una posición de beligerante en el curso de 1941, Chile mantenía inalterable su neutralidad oficial, al igual que el resto de los países de América Latina. Por otra parte, el influjo norteamericano e inglés, tenía una sólida base en el país. Berlín no podía contar con estas naciones, no con Chile, por cierto, una vez llegado el momento de decidir. La influencia norteamericana y las simpatías de una parte del espectro político chileno por la causa aliada, hacían impensable toda posibilidad de orientarse a favor del Eje. Es importante tener en cuenta que la cooperación con EE.UU. se incrementaba día a día antes de Pearl Harbor. No hay nada en la posición norteamericana que indicara que desconfiaba del gobierno o del Estado chileno. Había inquietud por la "Quinta Columna", la presunta infiltración de agentes nazis para provocar un conflicto en el continente, pero era algo en lo que se incluía a toda América Latina. No existe ningún indicio de que, en Washington, alguien importante haya pensado que Chile pudiera estar en una posición contraria a los aliados en la guerra.

Entretanto, la coalición del Frente Popular se desintegraba. Comunistas y socialistas ya estaban distanciados. Aguirre tuvo, a partir de fines de 1940, un marcado giro hacia el anticomunismo, dentro de una versión democrática. En términos políticos, intentó apaciguar a la derecha, mientras no tuviera una mayoría parlamentaria, que la obtuvo en las elecciones de marzo de 1941, mas era una mayoría que no se alineaba con ninguna estrategia seria o realista. No sería correcto decir que esto tiene que ver con la *política mundial* y la Segunda Guerra Mundial; bajo la superficie estaba el tema chileno de un partido poderoso, el Partido Radical, que no sabía aceptar la coherencia y disciplina que entraña el ser gobierno. Los acontecimientos mundiales incidieron como estímulos externos, pero no explican los flujos que decidían el curso de ellos.

El significado: la influencia alemana y la "cuestión judía"

La Segunda Guerra Mundial ha devenido el símbolo más potente al momento de buscar el significado de la historia del siglo XX. Alemania nazi y el Holocausto —para usar el más empleado de los vocablos— han pasado a constituir ejemplos del "mal absoluto", aunque en términos históricos, haya comparación con otros

genocidios del siglo XX. Comparación, sin embargo, no significa renunciar a entender la escala del mal; no se podría comprender la historia si se opone simplemente el mal al bien; aunque un país civilizado del siglo XXI debe enseñar a sus hijas e hijos a usar esa medida en la vida cotidiana. De allí que al momento de analizar Chile y la guerra, hay que detenerse a mirar dos puntos específicos de este vínculo, las relaciones con Alemania y la política hacia la inmigración judía.

En la "época del fascismo", ¿existió una "tentación fascista" que hubiera llegado a ser un rasgo sobresaliente de la sociedad y del Estado chilenos? Alemania era apreciada como la única gran potencia que no había tenido ambiciones "imperialistas" hacia el país; al menos así se la veía. El aporte alemán a Chile era unánimemente reconocido; incluso por quienes era "antifascistas" se reconoce al "pueblo alemán". La cultura y la calidad de los productos alemanes, como en casi todo el mundo, constituían hechos que nadie ponía en duda. La política de neutralidad seguida durante la Primera Guerra Mundial (Cap. III), no fue después cuestionada por nadie, a pesar de que se han señalado sus limitaciones. En Chile, al llegar los nazis al poder en 1933, escasamente se diferenció entre Nación y régimen, salvo para la pequeña minoría "antifascista", cuyo lenguaje estaba disperso por ahí y por allá. Para la gran mayoría, funcionaba eso de que "los alemanes son así", sin preguntas de mayor especie. Para el ciudadano común y corriente —de acuerdo, un apelativo complejo— el alemán se le aparecía como una "raza superior", pero raramente en el sentido "racista" del término, biológico, segregacionista, sino como el relajado reconocimiento de que se tenía que aprender todo de ellos. Rara vez ha habido un paradigma menos puesto en tela de juicio que el de los alemanes en Chile.²²

Si la pregunta es si las "clases dirigentes" fueron proclives al nazismo por cuestión de simpatías profundas, la respuesta tendrá que ser invariablemente la misma: la orientación hacia las potencias anglosajonas y hacia Francia creó desde siempre lazos difíciles de romper. Esto no era obstáculo para la preferencia por la neutralidad y la casi incondicional admiración por Alemania. En la medida que la clase política dirigente se colocaba dentro de la izquierda, se podía establecer un vínculo entre antifascismo y crítica al régimen alemán. Sin embargo, salvo en los comunistas, y en algunos líderes socialistas sólo a partir de la polémica de mediados de 1942, nadie propiciaba apartarse de la política de neutralidad. Entre los partidarios incondicionales de esta última, todavía a fines de 1942, se encontraban representantes políticamente activos de los sectores altos de la sociedad chilena.²³

Si se examina *El Mercurio*, y se escoge su posición ante la "remilitarización de la Renania", un momento clave en la prehistoria de la guerra, se pronuncia en contra de la acción alemana —que rompía con el Tratado de Locarno, el único intervalo de cooperación en la entreguerras—. "Si la vida internacional no se

funda en el respeto de los convenios, tendrá que fundarse en la fuerza y en el regreso a la lucha primitiva". Se reconoce que Alemania tiene "argumentos justos" y que el Tratado de Versalles fue funesto. Con todo, "tanto mejor serviremos el interés de Chile, cuanto más nos mantengamos alejados del conflicto europeo."²⁴ Estas líneas resumen de manera clara el estado de ánimo que prevalecía en Chile, dejando de lado el sentimiento "antifascista", escaso en términos numéricos; es decidora de la política gubernamental al respecto.

Si se giran los ojos hacia un *fellow traveler* de derecha, lo que podríamos llamar un admirador no nazi de Alemania nazi, confirmamos en cierta medida lo anterior. Abel Valdés, invitado oficialmente en 1935, no escatimó elogios hacia la vida en Alemania, aunque reconoció como manchas el antisemitismo y los problemas con los católicos. En un arranque de determinismo cultural, dijo que "en Alemania la libertad no es parte de la vida ni hace falta".

No hay añoranza alguna de libertad, porque hay la convicción de que la autoridad dirige bien los destinos del pueblo. Para los espíritus latinos la situación es diferente. Es difícil acostumbrarse a un ritmo de vida regido por la autoridad del Estado hasta en sus detalles menores. Todos los sistemas llamados totalitarios, y el nazismo <sic> es uno de ellos, participan de similares caracteres. El Estado empieza a fijar las normas generales de la política del país, de su vida económica e industrial; después dictamina sobre su vida artística, por último entra en la vida espiritual de cada individuo, y no es extraño que exagerando el sistema, llegue el Estado a fijar el color de las camisas con que deben vestir los ciudadanos.²⁵

La combinación de alabanza, de admiración, de extrañeza y de rechazo, en un texto meditado por lo demás, no común en esos años, es un buen reflejo de la imagen que de Alemania nazi se podía tener en Chile. Era posible estar en contra de tener a Alemania como adversario, incluso "adversario moral", pero no se dejaba de mirarla como fórmula inconcebible para Chile, en la medida que el asunto importaba. El NSDAP, el Partido Nazi de Alemania, desarrolló una política de "nazificar" a las colonias alemanas en el extranjero. Esto se intentó en los principales países sudamericanos, con la advertencia de no interferir con las autoridades locales, aunque en la práctica los funcionarios nazis, torpes, carentes de tino diplomático, provocaban incidentes que ponían en aprietos a los diplomáticos alemanes. Así como se dio una mar gruesa de escritos que se identificaron con el marxismo revolucionario, también hubo una delgada lista de escritos, muchos provenientes de chileno-alemanes, que se entusiasmaron con el lenguaje nazi, aunque la orientación hacia "la Europa de los dictadores" era más amplia. Publicaciones como *Condor*, de esos años, y el *Westküsten Beobachter* representaron esta línea.

Un valdiviano, Adolf Schwarzenberg, fue el organizador del Partido Nazi en Chile. Es interesante destacar como este esfuerzo fue aquilatado en la propia Alemania, por los responsables nazis. Fue mirado como un completo fracaso, por la falta de entusiasmo y de compromiso de la colonia alemana²⁶. Los chilenos alemanes no eran una minoría perseguida, desfavorecida. En general, todo lo contrario, eran casi parte de los sectores dirigentes y muy admirados en el país. Las simpatías de muchos de ellos por el régimen nazi no podían ser experimentadas como deslealtad al Estado chileno. De todas maneras, al estallar la guerra, varios centenares de voluntarios de la colonia partieron a combatir y a morir por el Reich milenario, su estado de ánimo no era distinto al de aquellos de orientación "British", que fueron a servir y morir por *King and Country*, cuya lista se puede hoy leer en el Country Club de Santiago. Todos estos esfuerzos sólo influyeron de manera marginal, por decir algo, en la vida política y cultural del país, lo mismo que en su orientación internacional. A partir de 1939, pero con una fuerza inusitada después de Pearl Harbor y de la ruptura, la colonia alemana sufrió aplastantemente las consecuencias de la persecución económica que emprendieron los aliados, y de la pasividad del Estado chileno.

También, desde 1942 en adelante, era poco lo que la embajada alemana podía efectuar en Chile. Aunque no era nazi, el embajador von Schoen tampoco distinguía entre régimen y Estado, manifestando la lealtad suicida, moral y políticamente hablando, de los sectores dirigentes alemanes hacia el nazismo. Pero en las relaciones bilaterales, tenía la independencia de juicio como para defender al gobierno de Aguirre Cerda y abstenerse de actos provocativos, aunque la ira lo dominó al momento de la ruptura con Chile. Antes se había opuesto a todo apoyo o simpatía por los "nacis" de Jorge González. En paralelismo con la idea de Berlín, considera que nadie se atreve en Chile a defender a Alemania; la influencia anglosajona sería determinante²⁷.

¿La "cuestión judía" en Chile? Sólo asoma en estas páginas por la guerra. No sólo por la posición central del Holocausto, sino porque la guerra colisionó con Chile justo en este tema. La persecución antisemita en Europa empujó a centenares de miles de judíos a América, alrededor de 80 mil a América Latina, aunque un número indeterminado, de seguro pequeño, eran refugiados políticos. Habrían llegado muchos más, pero no tenían medios ni había por estos lados una disposición muy abierta a recibirlos. Sale un poco forzado poner a Chile en este problema, ya que su caso no presenta ninguna singularidad en América, salvo ser el tercer país latinoamericano en recibir refugiados judíos entre 1936 y 1941. Chile acogió a 13 mil judíos, comparados con los 16 mil de Brasil y 35 mil de Argentina, el mayor receptor de todos. México, refugio de españoles republicanos, recibió a 12 mil. Este contexto no se puede perder de vista.

Los judíos en Chile, hasta mediados de los 1930, se habían mimetizado con la

sociedad nacional. Habían llegado en las dos primeras décadas del siglo, antes del antisemitismo nazi. Por otro lado, se ha visto el papel de la inmigración en la historia del país que hasta 1930, era bastante abierto a ella. Esto cambió con la Gran Depresión, que afectó fuertemente al empleo. La creencia en que el comercio y las profesiones liberales —"improductivas" de acuerdo a nociones de economía política de la época— serían monopolizados por los inmigrantes judíos influyó en restringir su llegada. Estos prejuicios se dirigían a todos los inmigrantes, pero en especial contra los judíos. "Se considerarán útiles a los inmigrantes que sean agricultores o industriales y que vengan a dedicarse a la extracción de materias primas o a su transformación en productos manufacturados; y perjudiciales para nuestra política económica a los comerciantes y profesionales"²⁸.

Es probable que hayan operado prejuicios anti-judíos, propios a la civilización occidental²⁹. Al avanzar la guerra, mas, cuando todavía el canciller Barros Jarpa defendía la neutralidad, aseguraba que como muestra del carácter democrático y occidental del país, se habían "derogado las circulares (...) para excluir a la raza judía del país"³⁰. También estaba el temor a la agitación política de la inmigración; se temía que los refugiados, españoles republicanos o judíos, engrosaran las filas de la izquierda. Los funcionarios de la Cancillería no veían con muy buenos ojos a los judíos. Pero por principio se admitía una cuota. Agustín Edwards en una ocasión se quejaba de que se tenía "demasiada dureza" con los judíos. Miles de solicitudes, patéticas muchas de ellas, eran regularmente rechazadas.

A partir de la llegada de Pedro Aguirre, la política migratoria se hizo más generosa. Este gobierno promovió la llegada de españoles republicanos, siendo el arribo del buque "Winnipeg", fletado por Pablo Neruda, el caso más simbólico³¹. El liderazgo norteamericano orientado a favorecer un entorno más propicio a la migración judía, parece haber incidido en las posiciones chilenas, como en todo el continente. Se puede leer, a partir de las opiniones de un funcionario de la Embajada en Berlín, todavía durante el gobierno de Alessandri, que con "la Noche de los Cristales Rotos", en noviembre de 1938, se vieron "escenas dignas de la edad media", y que la persecución en algunas partes llegó a los católicos:

Como consideración personal te puedo agregar que creo que el problema judío alemán debe ser encarado por el mundo. El más primordial concepto humanitario así lo impone. Deberemos resignarnos a recibir nuestra cuota ya que a esta solución va encaminada la acción actual de Inglaterra y Estados Unidos. Creo que proceder rápidamente sería mejor pues podría hacerse una selección más fácil hoy por las circunstancias, entre los que tienen capitales escondidos en el extranjero, los pocos que hay que trabajan en la agricultura. Los que sean católicos deben tener también nuestra preferencia, pues, serán mejor asimilados por nuestra tierra.³²

En este texto se encuentran un juicio sobre la economía, el “mejoramiento de la raza” y principios generales de política inmigratoria. Resume la visión que en Chile se tenía de ella en estos años. Los inmigrantes provocaron más de un problema al Gobierno, debido a los ataques de la oposición. Algunos cónsules, no demasiados parece, cayeron en la corrupción y vendían las visas a judíos desesperados. Esto llevó a la caída del canciller Abraham Ortega, en febrero de 1940, aunque casi no tenían responsabilidad en este asunto.

Es cierto, existía *también* dentro del cuerpo diplomático simpatías por el Tercer Reich, y se manifestaban a veces juicios de tipo antisemita. El cónsul en Praga, Gonzalo Rivas Montt informaba, en el segundo semestre de 1941, sobre la deportación de los judíos, con aparente indiferencia hacia lo que significaba, aunque es probable que no haya conocido todavía que se trataba de un genocidio:

El problema hebreo se está solucionando parcialmente en el Protectorado, dado que se ha decidido desarraigar todos los judíos y mandar unos cuantos a Polonia y otros a la ciudad de Terezin, en espera de encontrar un lugar más lejano (...). En proporción del aumento de los ataques de Estados Unidos contra el Reich, Alemania acelera la destrucción del semitismo, ya que acusa al judaísmo internacional de todas las calamidades que ha sufrido el mundo. El éxodo de los judíos del Reich no ha tenido los resultados profetizados por los enemigos de Alemania, al revés, ellos han sido reemplazados por los arianos con obvias ventajas en todo y para todos, excepto en la usura y en sectores afines, en los cuales son maestros consagrados³³.

Es evidente que el cónsul no “informa” meramente, sino que expresa una opinión que le parecía lo más normal del mundo. Es el núcleo de refugiados españoles el que llegó a dejar una herencia cultural y política muy lejana al extremismo, e incluso lejana del marxismo, hasta el punto que no pocos de ellos estuvieron en la trinchera enemiga de la Unidad Popular en 1973. Y de los inmigrantes judíos, no existió ni siquiera involucramiento político digno de mención en estos años. Líderes comunistas como Marcos Chamudes y Natalio Berman, pertenecían a familias judías arribadas a Chile con bastante antelación a estos acontecimientos. En todo caso, la polémica en la política chilena fue considerable sólo en lo que se refería a los españoles. La “cuestión judía” era algo tangencial, casi inexistente en el país hasta el presente, careciendo además de todo antisemitismo, aunque con algo de prejuicios anti-judíos en sectores medios y altos, propios al habla corriente de la historia occidental. La política chilena ante la guerra “que venía y que llegó”, y ante la inmigración judía, no fue muy distinta de la que siguió el mismo EE.UU. No iba a ser Chile el país vanguardista en formar un frente anti-nazi global. No hay que olvidar que Chile está al *fin del mundo*, aunque en su estructura íntima sea parte de ese mundo.

que la Conferencia “ordenara” la ruptura de relaciones, Santiago y Buenos Aires pedían que meramente las “recomendara”. En Washington esto, no cayó nada de bien, y Cordell Hull tuvo un exabrupto con Welles, pero FDR aconsejó aceptar las cosas como estaban. Se esperaba que las elecciones presidenciales del 2 de febrero de 1942 decidirían también la política exterior de Chile.

Se formaron dos grandes coaliciones. Una, de centro-izquierda, llevando a un claro anticomunista con apoyo de los comunistas, socialistas, radicales y los liberales que seguían a Arturo Alessandri. El designado, Juan Antonio Ríos (1888-1946), triunfó de manera holgada. El Partido Conservador y parte de los liberales se unieron al ibañismo en apoyar su caudillo, Carlos Ibáñez. Olvidaron al “tirano” que habían derribado en 1931, apenas ayer. Ríos saludaba con el signo de la victoria, entendiéndose que era partidario de los aliados. A Ibáñez se le acusaba de pro-Eje, que estaba financiado por los alemanes... Así se comentaba fuera de Chile. Para *Time*, el hemisferio veía en las elecciones la posibilidad de escoger una política contraria al Eje³⁸. Dentro de este país, nadie lo sabía. La pugna electoral tuvo menos carácter internacional que la de 1938³⁹. La mejor demostración de esto es que al momento de reflexionar en la política exterior, nadie, en círculos gubernamentales, pensó en cambiar la neutralidad, que era básicamente de no-ruptura. En todos los otros sentidos, Chile cooperaba con EE.UU., aunque nunca al grado que estos exigían. El nuevo Canciller fue Ernesto Barros Jarpa, el “niño maravilla” de 1922 y de los Protocolos de Washington. Asimismo había sido el negociador chileno por lo de la deuda externa en 1935. Abogado de inversionistas externos, en 1938 ayudó a fundar el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, que con los años sería una fuerte instancia de contactos entre los dos países. El nombramiento lo recibió en parte porque era hombre de confianza del León, quien había jugado un papel significativo en la elección de Ríos. Ernesto Barros era “wilsoniano” sin decirlo, es decir, creyente fervoroso en la necesaria primacía del derecho internacional en la política mundial. Todo, como a pedir de boca para el gusto de Washington. Las cosas, sin embargo, no eran tan sencillas.

La primera declaración del nuevo gobierno, instalado el 2 de abril de 1942, aunque vaga, mantenía la neutralidad, y esa era la política que proseguía con fe el propio Barros Jarpa, quien sostenía que sólo “hechos nuevos” podían alterar la política chilena, es decir, llevar a la ruptura de relaciones. Para el mensaje del 21 de mayo, Ríos advierte que desde el territorio nacional no se podrían llevar a cabo “actos hostiles” contra EE.UU. y sus aliados⁴⁰. Cuando en el curso del mes siguiente arreció la presión tanto norteamericana como de un creciente número de dirigentes chilenos, la Cancillería publica una declaración que es apoyada por el Senado, en un acto inusual, por casi unanimidad, votando en contra sólo los dos senadores comunistas, que en esto nadie tomaba en

serio. En el Senado, en sesión secreta, el Canciller declaró que si antes el mismo había afirmado que no había presiones de EE.UU. "hoy tengo que poner el mismo énfasis para decir que esa presión existe, y en términos absolutamente desmedidos e inaceptables"⁴¹. Pero no se podía entregar el destino del país a las conferencias panamericanas, pues "sabemos muy bien quien tiene mayoría en estas reuniones", en alusión a la falta de democracia en la gran mayoría de los países americanos.

La declaración pública de Barros Jarpa sostenía que "el Gobierno se mantiene fiel a sus compromisos de solidaridad continental". Sólo "hechos nuevos" podrían hacer variar su actitud: un ataque a la navegación chilena, al Canal de Panamá o un ataque en las costas del Pacífico sur americano⁴². Si hubo apoyo unánime, es porque en la sociedad chilena la política de neutralidad, entendida como "no neutralidad moral" y como apoyo a EE.UU., no era cuestionada mayormente. Ernesto Barros enristró una política de tono altamente jurídico, en gran medida porque había sido el medio seguro con el que Chile había enfrentado al sistema internacional. Para el Canciller, si se cedía en las presiones, se "desplomaba el fundamento del panamericanismo", que era el respeto a la soberanía⁴³. Al embajador Michels le decía, todavía en septiembre, que no "tenemos duda que siguiendo la posición que hemos adoptado podremos vernos confrontados con la ruptura de relaciones, pero como US. Muy bien sabe esa ruptura se haría sin presiones extrañas y resguardando en absoluto nuestra libre determinación"⁴⁴.

Esta era la versión de Barros Jarpa de una "utopía jurídica", como se podría llamar a su postura en relación a la guerra. Utopía sólo en sentido limitado, ya que un país pequeño, por el mismo hecho de serlo, no se puede permitir un pragmatismo que sea sinónimo de incoherencia, pues se lo llevaría el ventarrón del temporal. Sin embargo, en 1942 esta lógica empezó a estrellarse contra un muro de concreto armado. En "la guerra del 39", el conflicto llegó al continente mucho antes que lo hizo en la "guerra del 14". Y Chile no podía librarse de una situación llamada "guerra mundial". Y no sólo por la presión norteamericana.

Claro que esta existía. Y en un grado jamás vista antes, y es posible que tampoco vista después. Empezando por el tamaño de la Embajada, que pasó de tener un equipo de 40 personas en 1940, a tener 200 en 1945 y 300 en 1950. Se convertiría no sólo en un interlocutor diplomático con el Gobierno y el Estado chilenos, o en representante de intereses norteamericanos; sería también un actor en la vida política en general, en la sociedad y en la cultura. Se dio una fuerte política comunicacional que envolvió incluso a Hollywood. Un par de generaciones escucharía las noticias al almuerzo y en la cena gracias al "Reporter Esso" a partir de septiembre de 1941. En realidad, el Departamento de Estado le había pedido a la Esso que, como colaboración al esfuerzo de guerra,

financiera noticiarios radiales en América Latina, lo que servía además para detener el flujo de las agencias informativas del Eje, no demasiado fuertes en realidad. Las fundaciones norteamericanas aumentaron sus invitaciones, los sindicatos comenzaron a tener contactos sistemáticos y a canalizar fondos para sus congéneres locales; en algunos puntos, como en el sector marítimo, lograron ejercer una influencia en el mediano plazo en una orientación anticomunista.

Más, sobre todo, en estos años, el enemigo declarado era la "Quinta Columna", la conspiración orquestada desde Alemania nazi para, llegado el momento, tomar el poder en algunos países de América Latina, tal como habría ocurrido en la Europa ocupada. Ingentes cantidades de hombres del FBI —o de su rama de espionaje creada durante la guerra, el OSS, antecesor de la CIA—, se dedicaban a descubrir la trama de esta vasta maniobra que cubría con sus redes a los países de la región. Los informes sobre Chile, de los que hay una amplia cantidad en los archivos norteamericanos, son casi rutinarios, y se podría decir, inventados en serie: "Armamento alemán ha sido importado a Chile como maquinaria agrícola, e internado a través del puerto de Corral"⁴⁵. Es cierto que los responsables en Washington, y en la Embajada el mismo Bowers, escasamente creían en el "peligro"⁴⁶, pero existía un amplio círculo de creyentes o de tentados con esparcir este tipo de rumores.

Quizás es innecesario decir que esto era la punta del iceberg, pero en el sentido que apenas había una puntita, y nada más. Aparte de las actividades de propaganda que declinaron al estallar la guerra, y de la diplomacia normal en cualquier caso, la influencia alemana en la política local en América Latina y en Chile fue bastante escasa. En términos de orientación hacia el conflicto, el caso de Chile demuestra cómo los países con una tradición relativamente autónoma, habían seguido las aguas norteamericanas en la estrategia fundamental. El Washington de la opinión pública, del Senado y de la gran prensa, tendía a propagar lo de la "Quinta Columna"; pero desde el Washington de la Casa Blanca y del Departamento de Estado, el panorama parecía diferente. También, no se debe olvidar, que no tiene nada de extraño que en la atmósfera de los años 1941, 1942 y 1943, cuando no se estaba seguro del desenlace, la fantasía de un peligro se hubiese exacerbado.

Lo que cambió las cosas fue la presión directa, política y diplomática de Washington. Sin embargo, no se debe ignorar que hubo una fuerte pugna, y una parte del país, de la "clase política", incluyendo a intelectuales y sectores profesionales no siempre movilizados políticamente, se alineó con la ruptura. ¿Neutralidad o ruptura? Este fue el dilema político principal en el segundo semestre de 1942. A esto cooperaron los recursos humanos y financieros de los norteamericanos, pero el dilema en sí mismo no fue una hechura de la "inteligencia" o del "imperialismo". Reflejaba un problema más que básico de la *política mundial*.

que la guerra, más allá de un conflicto entre estados, era *también* un conflicto entre formas de vida, lo que incidía en lo más profundo de estas sociedades.

Aparte de la división política, en cuanto que la izquierda era más proclive a la ruptura, las fuerzas que apoyaban esta alternativa comenzaron a fortalecerse día a día. En el alto nivel de Gobierno, al embajador Michels, se añadieron cuatro ministros, el jefe de gabinete, el Ministro del Interior, Raúl Morales Beltrami; el Ministro de Hacienda, Benjamín Matte, el de Economía, Pedro Álvarez Suárez, y el de Fomento, Oscar Schnake, este último con pronunciamientos públicos que incluso molestaron a Ríos⁴⁷. Pero no se crea que eran marionetas. Incluso, para tener una salida que creían honorable, intentaron negociar la ruptura, es decir, obtener ventajas económicas directas a cambio de ella. Fue una maniobra torpe rechazada de inmediato por el Departamento de Estado⁴⁸, y que demostraba un extraño desconocimiento acerca de la realidad internacional, propio a tantos chilenos.

A medida que la presión abierta de EE.UU. fue destacándose con mayor claridad, más miembros de sectores tradicionales de poder se sumaron a las filas de la ruptura, como Gustavo Ross, quien incluso durante la guerra asesoró a sectores de la "Francia libre" en EE.UU.; también el líder liberal y senador Hernán Videla Lira (1903-1982), presidente de la SONAMI, vinculado fuertemente a EE.UU. por las exportaciones minerales facilitadas por el convenio con la Metals Reserve en enero de 1942. A través de folletos y libros con colecciones de artículos existió una nutrida discusión al respecto⁴⁹. Las actividades de las respectivas colonias estaban restringidas, aunque era la alemana la que estaba sometida a mayor escrutinio⁵⁰. Esta sufría hondamente los estragos de la guerra, después de la cual los diplomáticos alemanes encontrarían una colonia menos influyente de lo que esperaban⁵¹. Fueron las víctimas chilenas de la "guerra total".

Para la mayoría de los chilenos, la guerra era un fenómeno remoto, casi un puro suceso noticioso, como lo sería cincuenta años después la Guerra del Golfo en 1991. Era, además, un fenómeno entretenido. La lectura de los informes sobre la evolución de los frentes de guerra, escuchar en las noches los noticieros en "onda corta" de las radios de los diversos países, fue una atracción fascinante. La lectura de las *Selecciones del Reader's Digest* se popularizó en Chile en estos años, y la asistencia al cine ("biógrafo") tenía como aperitivo el noticiario de guerra, muy apetecido. Al igual que durante la Gran Guerra y para el caso español, en algunos hogares los mapas con avances y retrocesos de tropas se registraban en mesas instaladas en forma permanente. Había agitados debates en la calle, bares, reuniones sociales, a veces en el mundo académico o político. Con todo, no pasaba de ser un fenómeno marginal, pasajero, con su cuota de leyenda y fantasías. La guerra, hay que decirlo francamente, fue una especie de entretenimiento no muy distinta a lo que sucedía en EE.UU. en 1939 y 1940.

EE.UU. precipitó una confrontación tácita, pero estruendosa. El Departamento de Estado había invitado a Barros Jarpa a visitar EE.UU., pero el Canciller se resistió, temiendo presiones que quizás no pudiera resistir. En el fondo de su corazón, era plausible que quisiera la ruptura, pero por una excusa entregada por el Eje, que encajase perfectamente dentro de su política "hechos nuevos", es decir, que añadiera algo a la situación del momento de la Declaración del 25 de junio. A continuación Roosevelt invitó al Presidente Ríos a visitar EE.UU. Los norteamericanos imaginaban que no podía partir de Chile sin haber roto las relaciones con el Eje.

Existe una confusión. Los mensajes indican claramente que la idea de los norteamericanos era "viaje después de la ruptura". Los chilenos, o Ríos sin conversario a fondo con el Canciller, parece que creían que tras la visita, con apoyo militar adicional, se podría anunciar la ruptura *después de regresar* a Chile. En el ambiente de EE.UU., una actitud de este tipo era inimaginable. Incluso los responsables del gobierno norteamericano expresaban genuina indignación moral ante lo que veían como falta de cooperación por no ir a la ruptura, ¿cómo habrá sido la de los medios de prensa! Le iban a proporcionar Ríos un trago amargo. El editorialista del *The Washington Post* decía, en junio, que el caso de "Chile, desde el punto de vista de EE.UU., nos deja perplejos, por decir lo menos (...). El Presidente Ríos en más de una ocasión ha expresado, en palabras, es cierto, su adhesión al ideal de solidaridad continental, pero comienza a parecer como que sus manifestaciones de lealtad a ese ideal son solo fingidas"⁵². Ríos partió el 11 de octubre a Washington, un viaje ya planificado en todos sus detalles.

Según todas las evidencias, Sumner Welles, Subsecretario de Estado, fue el encargado de cortar el nudo gordiano y propinar un cachiporrazo a los chilenos. El 8 de octubre, en un discurso en Boston en referencia a Chile y Argentina, dijo que en el hemisferio había "dos repúblicas" que permitían que sus hermanos fueran "apuñalados por la espalda", aunque confiaba que eso no duraría mucho⁵³. En Chile, las palabras tuvieron un efecto sísmico, instantáneo. Ríos canceló el viaje y lo que se podría llamar opinión pública reaccionó con indignación. Desfiles delante de la embajada norteamericana, protestas múltiples, una carta pública del viejo León, acusando a Welles de ebriedad (y algo más) y otras manifestaciones. Pero a los pocos días empezaron a surgir reacciones diferentes. De los partidarios de la ruptura, pero también de los dirigentes gubernamentales, que se dieron cuenta que topaban con la "hegemonía". Y percibieron que Chile, cuando se orillaba un gran conflicto global, tenía menos que decir de lo poco que ya imaginaban.

El discurso de Welles fue ocasionado, en las apariencias, por el descubrimiento de un grupo de espionaje alemán en Chile, en Santuago y en Quilpué. Sus miembros

pertenecían casi todos a conocidas familias alemanas. Parecía confirmarse la denuncia de la "Quinta Columna". Se acusó al gobierno y, especialmente, al Canciller, de haber seguido este asunto con negligencia. ¡Ahí estaba la prueba acerca de las actividades del Eje en Chile! Barros Jarpa respondía con incredulidad, compartida entonces por muchos, de que no era posible que en Chile se enviara información que sirviese para hundir buques en el Caribe. En realidad, como se supo después, había algo de cierto en la afirmación norteamericana.

La inteligencia alemana manejaba dos grupos, detenidos por la policía civil a fines de septiembre, y otro más en 1944. Pero no constituían uno que tuviera que ver con la política ni con acciones chilenas. Eran partes de una red continental para transmitir información radial. En esa época, aunque suene increíble, era más fácil enviarla a Alemania desde el cono sur que desde el mismo Caribe, donde se originaba⁵⁴. Esos grupos se instalaron en Chile, usando a chilenos-alemanes que no imaginaban estar traicionando a Chile. Su existencia, tal como la de quienes colaboraban con la inteligencia norteamericana o inglesa, y años después se agregaría la soviética y la cubana, era parte de una red mundial que siempre se da en estos casos. No expresaba ninguna particularidad de la sociedad chilena.

La ruptura

Tras la indignación inicial del Gobierno, hubo toma de conciencia de lo lejos que estaba el país. Del sentimiento de humillación se pasó a adoptar una nueva orientación. Un cambio de gabinete el 19 de octubre deja afuera a Barros Jarpa y coloca al embajador en Montevideo, Joaquín Fernández, a cargo de la Cancillería, que lo desempeñó hasta noviembre de 1946. Todos leyeron que venía el cambio. El propio Ríos, en un discurso radial del 23 de noviembre siguiente, deja abierta la posibilidad de ruptura⁵⁵.

El Gobierno hizo una maniobra que hoy parecería ridícula. Envío una misión a EE.UU. encaminada a obtener ayuda militar y económica para posibilitar la ruptura, según el supuesto de que las costas chilenas podrían sufrir ataques que afectarían directamente al esfuerzo de guerra aliado, al interrumpir los embarques de cobre. La misión era encabezada por el Ministro del Interior, Raúl Morales Beltrami (1906-1946). Se dirigió primero a Río de Janeiro; sólo al regreso pasó por Buenos Aires, ya que por un acuerdo entre los gobiernos, debían informarse mutuamente si uno de ellos iba a cambiar su política. En Washington se entrevistó con FDR y con Welles; el primero, tras palabras de ocasión, trasluce un aire de desprecio⁵⁶. Era una maniobra para hacer presentable la ruptura en el frente interno. También para tener una consistencia ante sí mismo, cosa parecida a como medio siglo después se vio en el caso Honecker.

Se requería de otras más. Desde luego convencer al Senado, que había estado con casi unanimidad apoyando la neutralidad que, como se ha visto, se limitaba a "no-ruptura". No había habido "hechos nuevos". Las sesiones secretas no presentan mucha novedad con el lenguaje público; sólo que los argumentos están empleados con mayor claridad y carentes de circunloquios. Ríos, aunque no estaba obligado, prefería consultar al Senado en un paso que, de seguro, todavía a esas alturas, le parecía algo atrevido.

Mientras en junio anterior la "no ruptura" había sido apoyada casi por unanimidad, ahora la ruptura obtuvo un apoyo de 30 senadores. La izquierda tenía su posición fijada; el Partido Radical cambió en el segundo semestre del año, sin mayor problema. Entre los liberales, los senadores Hernán Videla Lira y Gregorio Amunátegui encabezaron la política rupturista a partir del discurso de Welles. Otros diez, que se presumen del Partido Conservador, se pronunciaron en contra de la ruptura. Era una vuelta de carambola espectacular, y hecha sin mala conciencia. Casi nadie lo reprochó. ¡Era en el fondo algo que pasaba tan lejos! En las sesiones secretas de fines de diciembre de 1942 y los primeros días de enero de 1943, los senadores que se pronunciaron a favor de la ruptura, esgrimían como argumento el "aislamiento" de Chile, que ya había sido adelantado por el Canciller Fernández.

Más consistentemente, abandonaron la doctrina de *Realpolitik* y justificaban el cambio de acuerdo a "ideas"; no para "ponerse al servicio de otro país"; sino que "vamos a participar en un esfuerzo solidario para defender los más altos ideales humanos", según afirmaba el senador Bravo⁵⁷. Nadie había argumentado así en junio anterior. El Canciller Fernández mostró la otra cara del lenguaje de La Moneda. Si en público se hablaba de "guerra de ideas", en las confidencias se hacía referencia al aislamiento peligroso en el que estaba cayendo Chile. "La política futura de Chile, señores senadores, habrá de tener, en consecuencia, sus puntos de apoyo en las tres grandes Repúblicas del Continente, y será llevada a término en estrecha colaboración con EE.UU., Argentina y Brasil, países que, lo mismo que Chile, tienen una misión en América y una responsabilidad adquirida ante la historia y ante el futuro"⁵⁸.

La votación del Senado fue el 19 de enero. Al día siguiente el Presidente Ríos, en un discurso radial, anunció la ruptura de relaciones. Aclara que el acto no es un repudio "a los pueblos de Italia, de Alemania y de Japón". No alude a "hechos nuevos", sino que adopta una explicación ideológica de la guerra como origen de la nueva política de Chile:

La guerra actual, por sus orígenes y naturaleza, reviste caracteres especialísimos (que exigen) que rompa los moldes tradicionales y de las costumbres y prácticas de la convivencia internacional (...) lo que halla en

juego en el inmenso conflicto que nos ha tocado presenciar es el choque de ideologías y tendencias profundas que afectan las raíces y el fundamento mismo de la cultura moral de los pueblos y la estructura social y política de todo orbe civilizado⁵⁹.

Con estas palabras, Ríos asumió otro lenguaje, otro modo de explicar la situación para anunciar un cambio total de la política frente a la guerra mundial, que difería radicalmente de la seguida desde el siglo XIX. Para Chile, como sociedad y cultura política, no era lo mismo quien ganara o no la guerra. Pero el supuesto sobre el que se actuaba hasta el momento, era que tampoco obtenía algo con tomar partidos en guerras "ajenas", "extrañas", ni añadía poder a la "buena causa". Ahora en cambio, pertenecería al interés del país el elegir entre el "bueno" y el "malo". Esto no carecía de realismo, pero de una naturaleza diferente al anterior "realismo". Era también la aparición más directa de la *hegemonía*, de una manera como no se había sentido con el sistema de estados europeos del siglo XIX o de comienzos del XX.

La tormenta, ¿fue un tormento? Todo depende del tipo de "hegemonía" de que se hable. La ejercen, cada uno en su nivel, pequeños y poderosos. La de estos últimos, finalmente, será benigna o constituirá una férula pesada en relación a la complejidad y liberalidad de su civilización. Por más que EE.UU. en un rapto de inocencia homicida pueda arrasarse una ciudad con un nuevo producto de la ciencia, para que los muertos, —combatientes y, sobre todo, civiles— sean una disuasión a la continuidad de la guerra, ofrecía nueva y hasta mejor vida al vencido. No se podía decir lo mismo de otros participantes activos del conflicto. Fue una suerte que ese fuera el tipo de hegemonía con el que Chile se encontró.

Las fuerzas armadas y su nuevo "aliado natural"

Existe un campo en donde la guerra sí tuvo un efecto duradero, en las Fuerzas Armadas. Chile había comenzado a comprar elementos en EE.UU. en los años 1930. Durante la guerra, un temor en parte fingido y en parte real, era la sensación de estar inerme ante un conflicto que efectivamente llegara a esta zona. El país sólo pudo comenzar a aprovechar la Ley de Préstamos y Arriendos después de la ruptura con el Eje en enero de 1943. Las mismas Fuerzas Armadas argumentaban que ella favorecería equipar a las instituciones con armas más que obsoletas; era también uno de los argumentos del Gobierno y en el memorandum de Raúl Morales a Roosevelt se pedía armamento específico. Se veía cómo Perú lo obtenía y Chile "se quedaba atrás".

Pero ya antes Washington había puesto sus ojos donde creía que había un peligro real. A comienzos de 1942 se enviaron 100 soldados norteamericanos a instalar artillería pesada en Antofagasta y Tocopilla. Se temía que un sabotaje

japonés paralizara las exportaciones de cobre, en un momento en que este metal era requerido, con intensidad, por la industria de guerra norteamericana. De acuerdo a lo más probable, esta era la única posibilidad de que la guerra llegara a Chile con pólvora y todo. Los cañones quedarían para Chile. Pero los chilenos querían más, naturalmente. A partir de comienzos de 1943, llegó la hora de la renovación completa de un armamento obsoleto hasta lo indecible.

Comenzó una estrecha relación de la Fuerza Aérea de Chile (FACH), con su par norteamericana. Llegaron más de 150 aviones de tipo caza, la mayoría de entrenamiento, un número nada exagerado según la tecnología de entonces. El Ejército también recibió algún material, principalmente tanques livianos. La Armada tuvo que contentarse con equipos electrónicos, toda una novedad entonces, y con barcasas. Sólo a partir de 1945 pudo adquirir, baratas pero no regaladas, unas corbetas y fragatas de origen canadienses. La fuerza disuasiva de Chile, en lo militar, no parecía haber aumentado de manera impresionante. Las cosas sólo cambiarían después de la firma del Pacto de Ayuda Mutua en 1952.

El Ejército tenía en estos años casi 24 mil hombres, y las fuerzas armadas en su conjunto llegaban a alrededor de 35 mil⁶⁰. Además había que mantener un grueso contingente de personal en retiro, incluyendo pensiones importantes a cientos de generales y almirantes en esa condición. Por otro lado, es el sistema universal por medio del cual se obtiene una constante renovación de personal en un oficio que lo necesita como el que más. Se debe anotar, que el sistema de pensiones, junto al contabilizar a Carabineros como "institución armada" a partir de 1973, es lo que distorsiona el gasto de defensa de Chile, que lo hace aparecer desmesurado en algunas contabilidades. En los veinte años de la segunda post-guerra, el grueso del equipamiento fue de origen norteamericano. ¿Es mucho lo que esta incorporación cambió la orientación de las fuerzas armadas chilenas? No parece.

Si se mira lo organizativo, en las doctrinas de combate, en la "cultura militar", en todo aquello que hace de un instituto armado uno que aspire a estar a tono con fuerzas armadas de la segunda mitad del siglo XX, en todo ello la transformación sería significativa, aunque con mayor peso en la FACH. Es cierto que se mantuvieron otros aspectos, como un *ethos* (ideal) británico en la Armada, algo del espíritu prusiano en el Ejército. Aunque en la marina las simpatías por Inglaterra se trasladaban a simpatías por los aliados, no era más que tema de conversaciones privadas. En el Ejército, el general Carlos Escudero, Comandante en Jefe durante la mayoría de los años de la guerra, le decía al agregado militar norteamericano que él mismo era uno de los pocos oficiales abiertamente partidario de los aliados⁶¹. Las opiniones no afectaban ni la política de las Fuerzas Armadas ni de la posición de estas dentro del Estado chileno.

En cambio, es en este momento de la guerra cuando se efectuó un primer arraigo, la noción en las fuerzas armadas de que el "aliado natural", entre los

“grandes”, era el sistema interamericano liderado por Washington. El creciente entrenamiento de oficiales en EE.UU. y la presencia en Chile de “misiones” norteamericanas, sobre todo la naval, crearon una simpatía de largo plazo. Con todo, la orientación antimarxista, rara vez muy explícita, estaba influida tanto por la polarización dentro de la política chilena, como del casi universal papel “no-revolucionario” de las fuerzas armadas en todo el mundo. En esta esfera, Chile también era parte de la *política mundial*. Y, sin embargo, ni aun así la primera prioridad de las Fuerzas Armadas, al pensar en términos internacionales, dejaba de ser la “seguridad nacional”, en el sentido de que el principal peligro podría venir de los países vecinos, según observaba el embajador Bowers, y no la amenaza a la Doctrina Monroe⁶².

Chile declara la guerra

Sí, al final, Chile también ingresó formalmente a la guerra. Al comenzar 1945, su relación con el conflicto tuvo dos episodios finales. Uno de ellos, nada de glorioso, fue la declaración de guerra a Japón. Para pertenecer a las futuras Naciones Unidas, un país debía haberse encontrado en guerra con otro país del Eje. Chile no podía permanecer aislado, pero no se acertaba a encontrar un motivo para declararla. FDR quiso dar la excusa al solicitar a fines de 1944 que Chile encabezara a los países que todavía no se habían sumado a la guerra. Juan Antonio Ríos mostró la misma indecisión que en 1942. En marzo de 1945 la urgencia no daba lugar a sutilezas, y la *hegemonía* volvió a mostrar su rostro. El 13 de abril de 1945 Chile declaró en forma oficial la guerra a Japón, con la excusa algo patética de que antes de la ruptura, Tokio había anunciado que de romperse las relaciones diplomáticas, se consideraría en estado de guerra con Chile. Había sido una torpeza de Japón?

En 1945 fue un momento triste de la historia diplomática de Chile, eso de declarar la guerra a una potencia, que no nos había “ni agredido ni ofendido” (según una expresión usual en los “neutralistas” de 1942), que estaba prácticamente derrotada, quemada de norte a sur, y aguardando su turno Hiroshima y Nagasaki. También fue una decisión atendida al “realismo político”, imposible de sortear. Entonces y ahora, cuando los chilenos han puesto atención en Japón, han encontrado mucho de admirable, y estos mismos chilenos miran con incredulidad cuando toman razón de que el país estuvo en guerra declarada con el gran país asiático. Fue un acto de realismo que se ejecutó con poca elegancia. Hay que decir, en todo caso, que hasta los oídos del siglo XXI resuena la primera réplica del canciller Fernández a Bowers, en diciembre de 1944, que una dictadura como la de Bolivia estaría representada en la ONU, pero no la democracia chilena⁶³.

El segundo episodio fue el último acto de la guerra y el primero de la post-guerra, las conferencias de Chapultepec en febrero de 1945, y la de San Francisco

en abril siguiente. La primera echaba las bases de una renovación del sistema interamericano, y asistió el Canciller Fernández. Fue también uno de los primeros testimonios de una posición conjunta en economía internacional de los países latinoamericanos. Chile se batió por la admisión de Argentina a la siguiente Conferencia de San Francisco; ya que podía estar excluida por no haber estado en guerra con el Eje; en realidad, había una cerrada posición soviética al naciente peronismo. La segunda, la Conferencia de San Francisco, era la que inauguraba la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que simbolizaría desde entonces la “política multilateral”.

Las expectativas eran grandes, y los logros serían bastante avaros. Chile no podría estar ausente; además, a través de una suerte de ramificación, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), creada en 1949, los diplomáticos y “funcionarios internacionales” chilenos tendrían una participación bastante protagónica hasta 1973. Concurrió una nutrida delegación, siendo objeto de críticas por lo dispendiosa e inútil, aunque esta primera vez, los gastos de la conferencia misma, traslados, comidas, recepciones y demases, fueron copiosamente asumidos por EE.UU. que quería “echar la casa por la ventana”. La delegación nacional permaneció en San Francisco (¡delicias!) hasta el término de la Conferencia, en junio siguiente⁶⁴. Era un microclima chileno de la coalición triunfante en la guerra. Iban desde conservadores hasta un comunista, amén de funcionarios de gobierno. Presidida por el Canciller, asistía entre ellos como figura protagónica en relaciones públicas, el senador y líder del ala izquierda del Partido Radical, Gabriel González Videla. Hacía rato que era candidato presidencial. Los otros también tendrían aspiraciones. Entre ellos, Eduardo Cruz-Coke, destacado político y científico, llegaría segundo el 4 de septiembre de 1946, detrás de González, “Gabito”.

Por estrellato, la delegación chilena no se quedó atrás. Fernández fue escogido por sus colegas latinoamericanos como portavoz para rendir homenaje a FDR, recientemente fallecido (en Chile, Salvador Allende había dicho que “murió el más grande americano”). El brillo de la diplomacia del país no se quedaba atrás. Chile además trabajó con relativo éxito para que el principio de “respecto a los tratados” fuera explícitamente reconocido. En este tema había una historia nacional que apelaba a la necesidad de estos foros.

El sistema CORFO y la era del "Subsidio" 1939-1973

Nacimiento del "sistema CORFO"

El legado internacional más importante de los años del gobierno del Frente Popular fue el impulso para el nacimiento de la Corporación de Fomento y Reconstrucción, más conocida como CORFO. Esta institución tuvo una génesis en ideas políticas y económicas como en proyectos institucionales, que venía de los años 1920¹. El programa original de la CORFO era resultado de las ideas escritas por un ingeniero, Desiderio García Ahumada, a cargo de la entonces Subsecretaría de Comercio Exterior de la Cancillería, trabajo hecho para la candidatura de Gustavo Ross. El plan sería adoptado por las nuevas autoridades². García, padre y abuelo de dos futuros ministros, era parte de una pléthora de ingenieros, muchos habían iniciado su carrera con Pablo Ramírez ("los cabros de Ramírez") en los 1920, entre ellos Roberto Wachholtz, Raúl Simón, Guillermo del Pedregal, Rodolfo Jaramillo, Walter Müller y, más adelante, Flabián Levine, Roberto Vergara, Raúl Sáez. Eran también los primeros en tener estudios en Europa y Estados Unidos. Representaban un nuevo tipo humano, el "tecnócrata", dicho entonces sin la connotación de sorna que tendría después. Se vinculaban con el sistema político y casi con automatismo llegarían a ser parte de la "clase alta", aunque la mayoría correspondía a la clásica trayectoria de la "meritocracia".

No eran una mera "clase profesional". Tenían una idea definida de economía política, y todos coincidían en general en el "sistema CORFO", o "sustitución de importaciones", cuya pieza maestra era la creación una industria fabril y pesada protegida, hasta que pudiera competir con los productos "importados". No se trataba sólo de una política del Frente Popular, o de "izquierda", o centro-izquierda. El sector empresarial había apoyado de manera decidida esta política. Ya en 1937 afirmaba que "algo (falta) en la organización del país, que encare científicamente el estudio de un plan completo de trabajo, de creación de riquezas y de bienestar general, en forma de llevar al país, en un período de pocos años, a la abundancia y a su verdadero rol entre las naciones sudamericanas"³.

Estaban también en los ingenieros que representaban a los nuevos proyectos industriales, como Walter Müller. Para estos, la historia "de la industria manufacturera en Chile y en los demás países, evidencia la necesidad de un recinto nacional protegido de competencias exteriores". Sólo se puede importar hasta "la cantidad que la industria nacional no pueda abastecer"⁴. Estas ideas eran a pedir de boca para el impulso del Frente Popular; la mayoría del país, de su clase política, y de una mentalidad que penetraba profundamente en la conciencia colectiva, las sostuvo casi de manera inalterable hasta 1973, por lo menos.

La "planificación de la economía nacional" era uno de los objetivos básicos del programa del Frente Popular. Con el triunfo de Aguirre en 1938 se anunció que esta sería la política del nuevo gobierno. Se hizo saber a los norteamericanos que Alemania habría ofrecido créditos para impulsar estos planes, sobre todo para una refinería de cobre; pero que "una poderosa corriente de opinión" prefería a los Estados Unidos⁵. Lo que se quería no era colocar instrumentos financieros en el mercado norteamericano, sino que se otorgara un préstamo de Estado a Estado, por medio del Export Import Bank⁶. Se jugaba tácitamente con la idea de que un banco cuasi-público como aquel, podría ser más manejable para una posible reprogramación de la deuda; un préstamo en el mercado ponía a cualquier gobierno sin retirada ante los vaivenes económicos.

El impulso para poner en marcha el plan de industrialización se originó en el terremoto de Chillán del 24 de enero de 1939. Aunque el de mayo de 1960 sería más fuerte, éste costó más víctimas, alrededor de 30 mil. Fue noticia mundial y Pedro Aguirre solicitó la ayuda del mundo la que, en términos de la época, llegó con generosidad. El gobierno impulsó una legislación para reconstruir las zonas afectadas, que se descomponía en dos partes. Una de ellas iba directamente a la reconstrucción, y demandaba alrededor de 50 millones de dólares de la época; y también se pedía unos 70 millones de dólares para promover una corporación encargada del desarrollo económico. Esto desató una suerte de guerra civil política entre el Presidente y las fuerzas frentistas por una parte, y la oposición de derecha por la otra. Se abrió la batalla política en la que el gobierno veía la realización de un designio superior. La oposición no lo veía de manera muy diferente⁷. Hubo un debate en torno a la constitucionalidad del veto presidencial, que prelude una disputa mucho más grave en 1973.

El gobierno presentó la propuesta de reconstrucción de las zonas destruidas o seriamente dañadas. Los críticos denunciaban la posibilidad de una expropiación escondida en los impuestos que vendrían, o al menos daría un arma tan formidable al Gobierno, que redundaría en un control político total. En medio de un encendido debate, y de giras de Aguirre a lo largo de la zona amagada exacerbando sentimientos antiderechistas, en Santiago el Ministro de Hacienda Roberto Wächholtz, de acuerdo con el Presidente, maniobró y negoció con la

oposición. Los recursos para ambos conceptos se buscarían en fuentes externas; y el organismo que los manejaría tendría un carácter público (estatal), pero con gran autonomía. El pató de la boda serían los intereses extranjeros y el Tío Sam, el grueso de los recursos iba a provenir de fuentes norteamericanas. El resultado fue la Ley 6334, aprobada gracias a que Aguirre logró obtener el apoyo de algunos parlamentarios liberales; en el fondo, parece, hubo un acuerdo en líneas generales que comprendió a los partidarios de ambos sectores.

La idea básica, que se había escurrido por todos los intersticios en los años 1930, era que al país le faltaba un "plan", y se había "vivido permanentemente, solucionando los problemas del momento mediante fórmulas circunstanciales". Ahora, rezaba el Proyecto, se trataba de reemplazar esa política, "por otra perfectamente organizada, dentro de un programa elaborado con sentido práctico y de acuerdo con las conclusiones que la ciencia y la experiencia económica aconsejan"⁸. El Ministro Wächholtz añadió que lo esencial del plan sería el "aumento y mejoramiento de la producción exportable, la disminución de algunas importaciones que serán sustituidas por importaciones nacionales", como medio para lograr mayor intervención en el comercio externo y mayor inversión de capital⁹. La Sociedad de Fomento Fabril planteó su oposición, en principio, a todo gravamen, por "ser freno a la producción". Pero apoyó casi sin reservas el proyecto, sobre todo porque le garantizaba una representación en el Consejo, aunque habría que buscar crédito externo. Justificaba la Corporación por la necesidad de reconstrucción, lo que no podía hacerse sin "un plan de fomento a la producción y orientación de las actividades económicas del país"¹⁰.

La idea de que hubiera un grado de dirigismo económico no era discutida. Por otro lado, en las argumentaciones de la época se le otorgaba un lugar al potencial de exportación del país; pero una verdadera exportación era aquella de productos manufacturados, que sólo estarían disponibles después que se hubiera desarrollado la "industria nacional". La tentación dictada por la costumbre, la de medirse en términos puramente "nacionales", es decir, de un mercado cautivo, era demasiado fuerte. Este era el talón de Aquilés de todo el sistema, y no se trata de una simple medida económica. Desde el siglo XIX, existen casos en los cuales ciertas economías han protegido relativamente algún sector de su producción; pero, lo que fabrican para la exportación, lo miden de acuerdo a los requerimientos cualitativos, el standard, de la economía mundial. Jamás se daría ese salto en Chile en los años de "sustitución de importaciones".

El debate

En ese entonces, la CORFO no fue muy criticada por consolidar un cinturón protector en torno al país. La crítica se concentró en la posibilidad de que mayores

impuestos agobiaran a la economía¹¹. Desde la derecha, se daba por hecho que "las ideas de autarquía económica que dominan hoy en casi todos los países del mundo" imponían la creación de un mercado nacional, según decía el diputado conservador Enrique Alcalde. Se oponía a desarrollar una industria de exportación —el objetivo final de la CORFO, se pensaba—, pues "sólo se lograría hacer más intensas las crisis que periódicamente azotan la economía mundial"¹².

Una de las pocas cabezas que defendía de manera sistemática y con gran nivel, la idea de una economía esencialmente de mercado era Héctor Rodríguez de la Sotta (1887-1967). También era escéptico de la idea de una industria de exportación, tal como estaba planteado en el proyecto de la CORFO. Su crítica tenía sin embargo un matiz certero en cuanto a ver su tremenda limitación:

Un plan de fomento que no se conoce (...) que se va a empezar a estudiar por la Corporación que crea esta ley (...) ¿Qué se diría de una empresa industrial cualquiera, pongo por caso la Compañía de Papeles y Cartones, si tomara el acuerdo de hacer fuertes inversiones, de tomar créditos por treinta, por cuarenta o cincuenta millones de pesos, con el objeto de ampliar sus instalaciones y aumentar sus producción exportable para colocar papel en el extranjero y que, después de realizados todos estos gastos (...) entrara a estudiar si había posibilidad de colocar esta producción exportable en el extranjero? Simplemente, se diría que los directores de esa Compañía eran unos insensatos, y con toda razón.¹³

Es decir, este político conservador apuntaba a que el proyecto de la CORFO no se podía orientar a un mercado más allá de las fronteras, el único que servía de medida para juzgar el desarrollo económico.

Pero el razonamiento que apoyaba a la CORFO, mejor dicho, la "sustitución de importaciones", no podía estar más lejos de esta idea. Se toma como ejemplo, antes que un lenguaje marxista, a un firme defensor del proyecto en el Senado, al radical Rubén Azócar (1901-1965), quien sostenía el carácter "científico" de la "economía planificada":

(La economía planificada) es la única que puede salvar al capitalismo, porque con ella puede éste dar el bienestar y aumentar constantemente el 'standard' de vida, y un régimen que no aumenta el 'standard' de vida en forma de llevar el bienestar a toda la colectividad, es un régimen que está fatalmente destinado a desaparecer (...) todos los planes toman primero como mercado la economía nacional (...). El mercado externo es cosa secundaria, que corresponde a una insignificancia en proporción al mercado interno. La economía planificada y los principios de ella establecen que hay que preocuparse ante todo del mercado interno¹⁴.

La idea de que el "capitalismo", o sea, el "sistema", sólo podía ser salvado por la intervención en grado variable del Estado, era común a las categorías económicas de la gran mayoría de los actores. En estas palabras inaugurales, se va un poco más allá, se determina la casi irrelevancia del metro externo. A mediano plazo, esto sería el obstáculo más grande para el éxito del sistema.

Los años fundacionales: punto de referencia

La Ley 6334 que creó la CORFO, contenía indicaciones tributarias que se materializaron en la Ley 6640 y, dos años después, en la 7046. Aunque se preveían tributaciones internas, por redistribución tributaria, parte del presupuesto inicial en moneda dura de la entidad, provino de un cese parcial del pago de la deuda externa, prácticamente paralizándolo los efectos de la Ley 5580 (Cap. V). La mayor parte, venía del endeudamiento con entidades públicas externas, en especial en la década de los 1940 con el Export-Import Bank, creado por la administración Roosevelt.

Tras las políticas del banco, estaba también la intención de Washington de que sus créditos fueran otorgados de tal modo que se pudiera contener el nacionalismo económico latinoamericano; es decir, era parte del andamiaje que culmina con Bretton Woods en 1944 y la construcción del orden económico mundial de la segunda post-guerra¹⁵. En Chile, a los diez años, se habían obtenido por este medio 108 millones de dólares empleados de preferencia en la adquisición de bienes de capital, en momentos en que las exportaciones anuales del país eran 140 millones de dólares en 1940 y, la cota máxima, 470 millones en 1952, siendo el promedio de unos 250 millones anuales¹⁶.

Más importante, la legislación de la CORFO representó otro impulso en el alza tributaria al que fueron sometidos los intereses norteamericanos del cobre¹⁷. Significó un alza de un 10% del impuesto a los ingresos; y vendría otra en 1942 que llevaría la tributación a alrededor de un 50% de las rentas. Era el comienzo de la historia del "mito del cobre", el cuerno de la abundancia que se derramaría bienhechoramente sobre el país. Hasta el punto de que el attaché comercial del a Embajada de EE.UU. se preguntaba si el apoyo de la derecha al alza de este impuesto no sería un ardid para debilitar a Aguirre Cerda¹⁸.

La CORFO se constituiría en una poderosa herramienta de poder político interno en Chile, aunque sería forzar las palabras si se dijera que "se politizó". Los líderes técnicos tuvieron siempre la última palabra y era raro escuchar un juicio acerca de la "ineficacia" de sus operaciones. Con su oficina en Nueva York, abierta en 1940, tuvo un brazo que la constituía en actor externo autónomo. Al interior del país, fue una institución codiciada, aunque hasta 1970 no se transformó en presa de empleo político. Sería una suerte de partido político

“técnico”, que representaría diversos sectores, aunque dominando figuras técnicas de gran relieve público. El caso de Raúl Sáez (1913-1992), el más alto exponente por cuatro décadas, es todo un ejemplo¹⁹.

Más adelante, bajo la inspiración de la CEPAL, el proyecto se racionalizó como “sustitución de importaciones”. Bajo la guía y protección del Estado, una economía como la chilena debería crear una industria pesada y de consumo protegida. Entonces no se despilfarrarían las escasas divisas en importaciones que se podían producir en esta economía. Una vez creada la base industrial, sus productos empezarían de manera gradual a ser competitivos y la “maduración” de la economía permitiría acceder a una apertura; sólo entonces se podría abandonar la categoría de “periferia”, según rezaría después la nomenclatura de la CEPAL.

Este mundo de ideas nutría una profunda desconfianza hacia la capacidad espontánea de la economía de mercado, o “capitalismo” si se quiere, de poder impulsar el desarrollo. Obedecía a la idea de que en la naturaleza de las grandes economías, y de las grandes potencias que la representaban, se escondía algo así como un “reparto injusto” de las riquezas. Anidaba en su corazón lo que después se llamó “estructuralismo” y, en un desarrollo posterior, consecuencia y paralelo a la vez, la “teoría de la dependencia”. Su remoto origen está en las ideas políticas en torno a los autoritarismos de la Europa “subdesarrollada” de los 1930²⁰. Con todo, en Chile la práctica y el lenguaje provienen del desarrollo económico y político de los treinta, y eran casi unánimemente sostenidos²¹.

La Segunda Guerra Mundial, al acentuar las regulaciones en los flujos comerciales, y la planificación en el desarrollo, le otorgó un gran espaldarazo a las ideas de la CORFO²². Aunque los norteamericanos miraban con desconfianza la economía política chilena —reconociendo siempre la capacidad técnica de la CORFO—, las razones generales de la época de la guerra los llevaron a proporcionar los recursos financieros, siempre avaros a ojos chilenos. Fortaleció lo que aquí se denomina “mentalidad de subsidio”, la idea de que desde el exterior “se debe” algo a Chile; mientras esa “deuda” no se pague, no puede haber desarrollo en el país. Estados Unidos tendría gran responsabilidad en su crecimiento; si este no se producía, los intereses norteamericanos en el país tendrían que poner lo suyo. Es decir, el cobre pagaría por él.

Cuello de botella

Es cuestionable, sin embargo, en qué medida la actividad de la Corfo obedeció a una verdadera planificación. Ya en los 1950 esto se ponía en duda²³; en realidad, esta duda había sido anticipada por Rodríguez de la Sotta. Ayudó a desarrollar la industria energética. Endesa fue su producto más típico; la Compañía

de Aceros del Pacífico es otra muestra. Sobre todo, ayudó al establecimiento de la industria de bienes de consumo, de manera que, por muchos años, los productos importados pasaron a ser una rareza, mezcla de exotismo y de tesoro escondido.

A quienes venían desde Argentina, les llamaba la atención la baja calidad de los productos chilenos y de los medios con que se desenvolvía la vida material cotidiana. Los precios estaban terriblemente distorsionados. En 1956, un norteamericano observaba que el llamado por teléfono desde una cabina pública costaba un centavo, mientras que en EE.UU. era de diez; de esta manera, la empresa no tenía incentivos para la inversión y ampliación²⁴. Eso fue lo que pasó. Los autos se habían sobrevalorado y el mercado de capitales, aunque tenía sus ventajas, estaba paralizado por las regulaciones. Se veía y no se veía el problema central. Se quería “sustituir” las importaciones, pero se desarrollaba una industria de consumo que requería de bienes de capital. El Banco Central señalaba, con frialdad lejana, que “hay que invertir la mayor parte de los ahorros monetarios (...) en la adquisición de nuevos bienes de producción”, pero “la escasa producción de bienes de capital que existe en el país” dependía de “una tasa de capitalización efectiva” muy baja²⁵. Era el cuello de botella del que no se saldría en los años del “Estado de compromiso”.

El “sistema CORFO”, otra manera de bautizar a este período, confirmó una tendencia económica secular, la dependencia de la exportación de una sola materia prima. Las expectativas se fijaban en el aparentemente caprichoso movimiento del precio del cobre, que proporcionaba alrededor del 70% de las exportaciones del país hasta la segunda mitad de los 1970. Estaba la alternativa de aislarse de la dinámica de la economía mundial, de la que no se recibirían los beneficios del crecimiento de la segunda post-guerra. Esta idea, inseparable de una extrema regulación de nivel interno y externo, fue ganando adeptos hasta 1970. Fue la respuesta a lo que se vio como “desarrollo frustrado”.

En los años de la guerra, el crecimiento económico fue mínimo. Los precios se duplicaron entre 1938 y 1945. El alza de las expectativas y el aumento de la nómina de funcionarios públicos fue espectacular. ¿Se empobreció la economía chilena con la guerra? No parecía. Existían carencias que impedían aprovechar la dinámica del mercado mundial, porque este sencillamente había dejado de existir. Dentro de esas circunstancias, a Chile no le fue mal. Se cerraron los flujos comerciales con Europa, salvo un pequeño canal con Inglaterra y los neutrales. En parte por el mal recuerdo de la crisis de 1929, en parte por concepciones muy positivas acerca del papel del Estado en la economía internacional, el Gobierno se concentró en solicitar ayuda a Washington para el desarrollo de los planes de industrialización. Al tenor de la documentación existente, casi parecería como si los chilenos quisieran “depender” de Washington²⁶. En otro sentido,

en economía política internacional, se siguió con unanimidad las aguas de Washington. Los acuerdos de Breton Woods, que en agosto de 1944 dieron origen a las principales instituciones económicas internacionales hasta nuestros días, merecieron aplauso universal y fueron aprobadas a comienzos de 1945 por el Senado, sin oposición, ni siquiera de los comunistas.

La industrialización como meta

Todo este período podría también denominarse como aquel del "desarrollismo", para emplear un nombre que se haría común en los años 1950 en América Latina. Viene a significar casi lo mismo que "sustitución de importaciones". El desarrollismo pone el acento en el papel industrializador del Estado, en la "industria de chimenea" como "civilizadora", y en el gran consenso que evocaban estas políticas en un medio muy dividido en otros temas. Su espíritu aparece diáfano en las palabras de Gabriel González:

La industrialización de los recursos naturales de que dispone el país es, como lo he sostenido y continuaré infatigablemente afirmando, el fundamento de nuestro progreso futuro y la condición ineludible para elevar los niveles de vida del pueblo y conferir a la economía chilena una sólida estructura que le permita, hasta donde sea posible, colocarse al margen de las fluctuaciones que periódicamente conmueven a los mercados mundiales. (Creo que) todos mis conciudadanos deben convenir que la independencia económica nacional sólo la lograremos transformando a Chile, de país minero exportador de materias primas, en país fabril exportador de manufacturas²⁷.

La independencia económica y una verdadera inserción en la economía internacional se daría como resultado de los planes de industrialización. Este era el canon del "sistema CORFO", y estaría vivo hasta bien avanzado los años 1960.

Cuando la economía parecía marchar al borde del abismo, con una inflación del 84% en 1955, y con ello arrastrando al país entero, vino la rectificación de 1955 y 1956, que conllevó consigo un ajuste. Esto fue posible por el establecimiento de un programa tanto de disciplina financiera como de apertura comercial limitada, de liberalización hasta cierto punto. Es interesante señalar que se dio paralelo a otra política de liberalización, también relativa, el "Plan Prebisch" en Argentina, nada menos que conducido por el padre intelectual de la CEPAL. Al igual que en 1925 con la Misión Kemmerer, se recurrió a una comisión de expertos extranjeros, norteamericanos también, la Misión Klein-Saks, una consultora para dirimir entre las alternativas económicas que la política chilena no podía efectuar²⁸.

Las raíces de la "cuestión del cobre"

En pocas cosas se vio más palmariamente esta realidad que en la política hacia el cobre. La nacionalización de 1971 tiene sus raíces en estos años. El cobre es un buen ejemplo de la mitología —en el mal sentido de la palabra— chilena del siglo XX. En la segunda mitad del siglo llegó a ser artículo de fe el que los "gringos nos hicieron lesos" con un precio artificialmente bajo del cobre durante la Segunda Guerra Mundial. Después subió, y al cuantificar la "pérdida", Salvador Allende afirmó en 1951, que se habían perdido 600 millones de dólares, una cifra impresionante en el valor de la época²⁹. Esta historia se sigue repitiendo hasta nuestros días.

Puro cuento. Es posible que el autor de este libro sea asimismo el autor del único estudio detallado sobre este asunto³⁰. Vale la pena retroceder un poco para aclarar este panorama denso de niebla. Tras el desplome del precio y producción de cobre entre 1929 y 1932, el precio se recuperó lentamente hasta 1937, pero sin alcanzar el nivel de 1929. La recesión norteamericana de 1937 lo bajó de 13 a 9 centavos la libra. Se recuperaría pausadamente hasta 1941, variando entre 10 y 11 centavos. En agosto de 1941 se fijó el precio máximo en EE.UU. en 11.75 centavos la libra, y era el precio al que exportaban las compañías norteamericanas en Chile. Casi todo el cobre chileno se exportaba a este valor a partir de entonces.

Cuando se hablaba de "fijación", se hacía referencia a la extensa negociación que llevó a cabo el organismo norteamericano respectivo, la Metals Reserve Co., con el gobierno chileno. El cobre que cubría este trato se refería a aquel representado por la SONAMI, es decir, de la pequeña y a veces mediana minería. Pearl Harbor precipitó los hechos, y el Convenio se firmó el 26 de enero de 1942. De acuerdo a este, Chile exportaría la totalidad de su cobre —con una reserva de 12 mil toneladas para uso propio o exportar a otros países de la región— al precio de 11.75 centavos la libra. La aprobación de este proyecto estuvo vinculada a una última alza de tributación a las compañías, que llevó las tasas a más del 50%³¹. Más todavía, el Convenio fue calurosamente recibido en Chile. En el Senado, el Ministro de Hacienda Guillermo del Pedregal puso una nota de alerta señalando que después de la guerra el precio volvería a bajar; como también la producción³². Había que aprovechar entonces esta época de guerra para tener una tarifa estable y una producción creciente. Entre 1941 y 1945, el ingreso fiscal por concepto de retorno de las compañías pasó de 45 a 79 millones de dólares, un tercio del valor total de las exportaciones de entonces³³.

Esta idea cundió de tal manera, que llegó a ser artículo de fe en estos años. En el memorando que Ríos mandó a Roosevelt, por intermedio del ministro Raúl Morales Beltrami, se decía que una aspiración era que a Chile, en términos

económicos, "le bastaría que los Estados Unidos congelara, estabilizándolo, el estado actual del suministro de sus materias primas"³⁴. La producción alcanzaría en 1944 casi los 500 mil toneladas, meta que se logró nuevamente recién en 1959. Después de la guerra, una vez liberado el precio, este subió, pero también bajó la producción mundial del metal. Ya en 1943 los norteamericanos querían desahuciar el tratado, pero los chilenos protestaban indignados. En enero de 1943 el Secretario de Estado Cordell Hull decía que el Convenio era una barrera al comercio, "fetter to trade"³⁵. El embajador Bowers, por razones políticas, pedía atender al deseo de conservar el Convenio. Hasta los comunistas exigían mantenerlo³⁶, ya que el temor de esta época era que después de la guerra los precios se deberían desplomar. No hubo ni una voz disidente en criticar el Convenio. Es cierto que EE.UU. actuó como comprador monopólico. La verdad, no podía haber mercado libre en época de guerra mundial.

Del impulso a la frustración

La CORFO constituyó un punto de referencia en general ampliamente respetado en el Chile político y social. El país vio surgir una nueva estratificación social, en muchos sentidos muy positiva. El obrero industrial y sus poderosos sindicatos; el obrero y el empleado de cuello blanco del sector público; una élite técnica de este sector, que trabajó para casi todos los gobiernos que seguirían, incluso para la primera etapa económica del gobierno militar. Relacionado o independiente con estos procesos, la composición de los sectores dirigentes experimentó un cambio significativo, con el surgimiento de un sector industrial ligado a la "sustitución de importaciones", pero autónomo en lo social y cultural a la irradiación del Estado. Parte de este fenómeno, fue el desarrollo de una conciencia de "clase media", que siempre existió (y, presumiblemente, existirá), pero como nunca adquirió en estas décadas un lenguaje que la legitimaba como tal. Chile no era un país de clase media, no era un país desarrollado. Sin embargo, la mayoría quería identificarse como clase media. También de ella saldría una *intelligencia* de aspiraciones revolucionarias y un sentimiento conservador profundo, llegadas las circunstancias.

Mas, el estado general del desarrollo económico y social fue visto por unanimidad como "frustrado", según se popularizaría en el título de un libro de Aníbal Pinto Santa Cruz, que puede ser considerado como rótulo a toda una época³⁷. El ritmo de crecimiento económico hasta 1973, habiendo sido real, era insuficiente para acceder al "desarrollo", variando entre el 2 y el 4% anual. Los años en que creció un 7 u 8% estaban junto a años que le antecedían, por ejemplo, 1947 y 1959, de una caída conmocionadora de dimensiones análogas³⁸.

La economía chilena había quedado protegida de las turbulencias internacionales, en la medida en que los gobiernos tendrían las herramientas para promover

políticas reactivadoras independientes del mercado mundial; podían también modelar el carácter interno de la economía, independiente del mercado y hasta de la clase empresarial. La creciente importancia no sólo económica, sino que social y política de las empresas públicas, aseguraba un capital político contra las críticas o presiones. Además, la clase empresarial en líneas generales se dejó co-optar por esta tendencia, en la esfera de la estrategia económica, aunque la SOFOFA y la Confederación General de la Producción insistían siempre en los límites opresivos en que se dejaba a las fuerzas productivas. La candidatura de Jorge Alessandri (1896-1986) en 1958, líder de un poderoso grupo empresarial y ex presidente de la SOFOFA, indicaba un tipo de reacción crítica desde el punto de vista de quienes propiciaban dar más fuerza al mercado (Cap. XI). Algunos líderes demócrata cristianos y el mismo Frei señalaron repetidamente, hacia el final de su gobierno, que la vía de impuestos y de recursos fiscales estaba agotada. La tendencia hacia la intensificación del sistema CORFO se mostró, sin embargo, irresistible.

La contribución internacional como subsidio

Había un talón de Aquiles que afectó el desarrollo final de estos años, la "contribución internacional", que aquí se llama "subsidio". En primer lugar, la economía nacional no quedó aislada de los vaivenes internacionales. Quedó vinculada a través de un hilo tenue al precio del cobre, y la promesa en él implícita, que los chilenos imaginaban, que debería traerles los recursos para el crecimiento. Era una época de sueños en precios fijos, propia de la economía política de después de la Gran Depresión. La idea era que el cobre cumpliera esta función, siguiendo con la lógica que aceptó el convenio de 1942. En un memorando de Santiago al gobierno norteamericano, de febrero de 1951, se asegura que "al Gobierno de Chile preocupa más que el precio mismo del cobre su valor liberatorio, esto es, que con la misma cantidad de cobre pueda Chile seguir adquiriendo el mismo número de unidades de los elementos esenciales que debe importar"³⁹.

En segundo lugar, como se dijo, Chile logró crear una industria de tamaño respetable en bienes de consumo y bienes intermedios, pero a costa de una alta protección. Esto no sería lo decisivo, ya que algunas de las grandes economías del siglo XX crecieron, en sus primeras etapas, de manera similar. Sucedió que estas últimas produjeron principalmente para el mercado mundial y su metro de exigencias, mientras que las chilenas lo eran para el mercado local. Sólo mediante acuerdos, sin mayor significación estadística, como el Pacto Andino en 1969, se pudo ampliar el mercado. Aun, durante el cambio de siglo al tercer milenio, la producción manufacturera chilena va en su inmensa mayoría a los países de la región.

En tercer lugar, la incapacidad interna de crear ahorro para inversión productiva, llevó a la clase política a afirmarse en el antiguo hábito de creer en que había que remover un obstáculo *exterior*, y que ello podía provocar un salto al desarrollo. En general, esa valla era pensada como la falta de recursos que debían llegar de otra parte. Es lo que aquí se denomina el principio del "subsidio", de que se le debe algo a la economía y sociedad chilenas. Con la CORFO se impuso como un patrón central de la economía política chilena. Quizás está muy bien ilustrada en relación a la "cuestión del cobre". En torno a este tema, expresó el presidente Gabriel González ante el equipo negociador norteamericano, que EE.UU. debe acceder a aumentar el precio del cobre chileno, o él no impediría que el Congreso apruebe una legislación nacionalizadora del metal⁴⁰.

En los años 1950 en Chile se dio un proceso de nacionalismo económico muy común a los países latinoamericanos. El Estado, empujado por la coalición de centro, pero mirando a las tesis de izquierda y antiimperialistas como metro regulador, tendía a pedir más retornos de las exportaciones de cobre. El destino de estas se encontraba en manos de las grandes compañías norteamericanas, las que mantenían más o menos ocultas ante los ojos de los chilenos los detalles de su gestión externa. Quizás sólo era ignorancia de los mismos chilenos, y sólo entonces se dieron los pasos para entender bien el mecanismo de comercialización del cobre. En el terreno del comercio, finanzas y flujo de capitales internacionales, el "sistema CORFO" empotró a la economía chilena en una "industria de sustitución de importaciones" que no podía ni complementar ni menos reemplazar la dependencia de un sólo recurso natural.

Finalmente, la complejidad política, el nivel de preocupación que muchos sostenían como resultado del "Estado de compromiso", impedía desarrollar una política que impusiera una restricción al consumo o al gasto en programas sociales. De ahí que se recurriera ampliamente a la demanda para que EE.UU. supliera lo necesario tanto para las periódicas crisis en la balanza de pagos, como en que ese país fuese el origen principal del financiamiento de los planes de industrialización, o sea, del crecimiento económico. La embajada en Santiago anotaba que —en 1953— el país había recibido más retornos que nunca por concepto de exportaciones de cobre, y que las relaciones entre ambos países no mejorarían porque Washington ayudase para equilibrar la balanza de pagos, a menos que Chile accediera a reformas por el momento muy indigeribles⁴¹.

Cierto, Washington, dentro de su sempiterna política de cambios caprichosos —al menos en su mensaje hacia el resto del mundo— había proclamado, y en ocasiones seguiría proclamando que estaba comprometido con los planes de desarrollo de la región. En el discurso de economía política de los líderes latinoamericanos de los cincuenta estaba siempre presente la participación norteamericana en el Plan Marshall a partir de 1947, contribución decisiva a la

reconstrucción europea, y la relativa indiferencia con que se miraba —y casi siempre se sigue mirando— a la región. Claro está, hay una gran diferencia entre "reconstrucción" y "desarrollo". En Europa Occidental había que poner en marcha economías de sociedades que ya habían alcanzado a veces más de un siglo antes el "desarrollo". Esto escapaba al lenguaje *público* de los líderes latinoamericanos; con certeza, esta percepción casi no se encuentra en el caso chileno.

La búsqueda de la reforma y de la asistencia

Precisamente, la Misión Klein-Saks, al igual que el caso Kemmerer, debió mediar e imponer un programa de reordenación financiera que no se podía efectuar dentro de los cánones normales de la política chilena. En su informe final, la Misión se mostró auspiciosa:

La estructura interna de precios en Chile en la actualidad guarda una relación razonable con los precios internacionales, sobre la base de un tipo de cambio realista; el comercio del país se desarrolla sin tanta intervención administrativa; y la inversión extranjera pública y privada ha ido nuevamente adquiriendo un ritmo suficiente como para contribuir en forma apreciable al desarrollo económico chileno. El país está atravesando actualmente por un período difícil con respecto a su situación cambiaria. Es bien sabido, sin embargo, que estas dificultades se deben fundamentalmente a la declinación aguda y sostenida del precio del cobre, y que no reflejan un mal funcionamiento del mecanismo cambiario presente⁴².

La Misión Klein-Saks dejó instalada una tendencia relativamente liberalizadora que duraría hasta comienzos de la década siguiente. El gobierno de Jorge Alessandri la integró, en sus primeros años, en la primera estrategia coherente para volver a dar impulso al mercado y a la clase empresarial como motor del desarrollo, aunque sin abandonar los principios centrales del "Estado de compromiso". La profundización del programa liberal inaugurado primero por la Misión, alcanza sus claros progresos en los primeros años de la administración de derecha, pero después encalla en las consecuencias del aplastante terremoto de 1960, en las estrechas fronteras a la reforma que imponía la política chilena, y en la debilidad de la coalición que apoyaba la estrategia general del Presidente. Alessandri esperaba mucho de EE.UU., y al final se sintió desilusionado (Cap. X). Al inicio de su gobierno, había enviado una carta personal y confidencial al presidente Dwight Eisenhower, solicitando recursos para desarrollar sus planes, ya que el sistema democrático chileno, para ser respetado, no podía soportar sacrificios muy drásticos.

Mi candidatura rompió con este patrón tradicional de las campañas presidenciales y así, con todo éxito, fui capaz de mostrarle al pueblo de Chile, que todas sus posibilidades de bienestar están ligadas a un sistema de libre empresa aplicado con un sentido de justicia social, y de fortalecer la producción por medio de una política que asegurará la prosperidad del manejo de los negocios⁴³.

Añade que el comunismo es fuerte en Chile, y apela a una solidaridad ideológica con Washington. Aunque Alessandri fue muy consecuente en su apoyo al fortalecimiento de la clase empresarial y al mercado, también su programa real estaba enmarcado a fin de cuentas en las categorías de "la era del subsidio". La misma aceptación a regañadientes del programa de la Alianza para el Progreso, que preveía "reformas estructurales", era parte de la necesidad de captar recursos externos que de manera inevitable debían provenir en su mayoría de EE.UU. Esto se repitió con mayor intensidad en los comienzos de la administración de Eduardo Frei Montalva. Ningún otro gobierno de los años del "subsidio" gozó de una atmósfera internacional tan favorable como el que se inauguró en 1964. Más marcadamente que los que le antecedieron, Frei hizo depender el desarrollo interno de la asistencia externa. Podía Frei agregar que su momento era crucial, ya que era un "modelo" de alternativa al de la Revolución Cubana; además, como "reformista", podía tocar las delicadas cuerdas de la conciencia norteamericana y europea. Una vez electo, envió en misión a Europa a su futuro canciller, Gabriel Valdés, junto a Sergio Ossa y José Piñera, pesos pesados de su entorno, iban con una carta del mismo Frei al canciller Ludwig Erhard:

La tarea que realizaremos en Chile exigirá un gran esfuerzo interno pero para ello no se tendrá éxito si no contamos con una amplia cooperación de las grandes naciones. Entre Estas, Alemania debe ocupar un lugar principal, no sólo por las vinculaciones doctrinarias que unirán a los movimientos políticos que gobernarán a ambos países, las que crean nuevas formas de solidaridad internacional, sino también porque el extraordinario desarrollo de Alemania constituye para mi país un ejemplo de progreso económico y social dentro de la libertad y con participación plena de la comunidad⁴⁴.

Al igual que Jorge Alessandri, Frei apelaba a la solidaridad política, ideológica, y a lo imprescindible del apoyo externo. No interesa aquí que Erhard le haya respondido de que la verdadera ayuda debe ser la inversión del sector privado. También, en la conversación con Frei en julio siguiente, este le recuerda que le prometió ayuda en un encuentro anterior si el chileno era elegido presidente. Interesante, Erhard le confiesa que los norteamericanos le habían solicitado que Alemania Occidental ayudara más a los países latinoamericanos como forma de detener al comunismo. El profesor Erhard añade, sin embargo, que no tienen

muchos medios por el momento⁴⁵. Aunque mirara con escepticismo el programa de Frei, no dejaba de tener una genuina consideración con el chileno.

Frei había anticipado la misma idea en su estadía en Francia, que era parte de su gira a Europa, con la secreta esperanza de provocar una "alianza para el progreso europea"⁴⁶:

¿Podemos limitar los gastos de Gobierno? Es muy difícil. Las obras públicas deben continuarse e incluso aumentarse (...) ¿Podemos acaso reducir los sueldos? No, eso sería imposible. Tenemos que preocuparnos, sin embargo, de no provocar cesantía con estas medidas fiscales y proceder a una reforma profunda de la administración civil e inculcar en nuestro pueblo el sentido del ahorro (...) Para empezar, dentro de la estructura misma del plan (de su gobierno) un elemento de gran peso lo constituye la asistencia técnica⁴⁷.

"Asistencia técnica" no es exactamente lo mismo que "subsidio", pero sí que el recurso externo es la tabla de salvación que se tiene en un plano de retaguardia de la conciencia para evitar una reducción del nivel de vida producto de una reforma económica. Las consideraciones generales de Frei muestran los límites de la época; también muestran una concepción caritativa de la vida pública; ausente hasta 1920, y con presencia más débil después de las reformas económicas de los 1970. Cruzado por las tendencias burocráticas, populistas, la creciente participación del Estado fue concebida, en sus inicios, para responder con políticas de protección social a la demanda revolucionaria⁴⁸.

Tuvo éxito en este sentido, al crear una clase media e incluso sectores obreros con lealtad al sistema; en la medida que este fuera dando más y más, hasta encontrar los límites de hierro de la falta de crecimiento y de la incapacidad de orientar la producción hacia un mercado global. Para lograr este objetivo se requería de una reforma en grande, o una radical autarquía con una relación externa sumamente planificada, como emprendería la Unidad Popular; o una transformación productiva orientada al mercado mundial, con los riesgos que ello involucraría. La Unidad Popular sostenía querer romper las cadenas del "capitalismo" y del "imperialismo". También operó bajo las categorías de la "era del subsidio". El impulso nacionalizador contra capital extranjero encerraba la noción de que algo se sustraía al desarrollo (y propiedad) de Chile. Se trataba de una especie de restitución de un robo virtual. Las palabras con que Allende encabeza su mensaje al Congreso, planteando la reforma constitucional que permitiría la nacionalización del cobre, están imantadas del sentimiento del subsidio:

Las cuatro grandes empresas norteamericanas, que han explotado en Chile estas riquezas, han obtenido de ellas, en los últimos 60 años, ingresos por

la suma de 10.800 millones de dólares. Si consideramos que el patrimonio nacional, logrado durante 400 años de esfuerzo, asciende a unos 10.500 millones de dólares, podemos concluir que en poco más de medio siglo estos monopolios norteamericanos sacaron de Chile el valor equivalente a todo lo creado por sus conciudadanos en industrias, caminos, puertos, viviendas, escuelas, hospitales, comercios (...) a lo largo de toda su historia. Aquí está la raíz de nuestro subdesarrollo. Por eso tenemos un débil crecimiento industrial. Por eso tenemos cesantes y bajos salarios. A esto debemos nuestros miles de niños muertos en forma prematura. Por esto tenemos miseria y atraso¹⁹.

Allende enuncia la tesis de que el desarrollo de los grandes (países capitalistas) ha sido a costa del subdesarrollo de los pequeños (países atrasados). Es una especie de teoría global de la plusvalía, un valor escondido que enriquece a los dueños de los medios de producción, sustrayendo lo necesario para que los obreros del mundo, los países dependientes o subdesarrollados puedan vivir, amén de ser sus legítimos propietarios.

La comprensión de los límites: ¿había alternativa?

Aunque minoritaria, la crítica a la "sustitución de importaciones" se hizo presente desde un primer momento como llamado de atención hacia sus límites, y a la falta de dinamismo del crecimiento económico. El país social y cultural cambiaba; la economía no lo hacía al ritmo necesario para sostenerlos, y la demanda por el crecimiento de las expectativas era una ola imparable. También, cuando los chilenos creían sincerarse, confesaban también que no se podía depender para siempre de la bastante mitológica ayuda norteamericana. No era muy "correcto" expresarlo públicamente con énfasis. Es el mérito de los genios de Coke y Lugoze, con su profesor Topaze, como vocero del sentido común:

¡Qué me importa a mí que Chiang Kai Shek viva de la generosidad norteamericana! ¡Qué me importa a mí (lo) que hayan pedido España, Alemania o Yugoslavia! Lo que me agradaría (...) es que nosotros nos liberáramos de tanta abyección y empezáramos a pensar que el progreso y la prosperidad también se pueden obtener a través del propio esfuerzo. Y entonces sí que tendrían valor nuestras actitudes internacionales y nuestras definiciones. Por el momento, a mí me entra una vergüenza tremenda cuando veo reunidos a los pedigueros confabulándose para aumentar la pedida y luego, como recompensa a la generosidad de mi Tío Sam, ofrecerle su desinteresado y espontáneo apoyo. Es nuestro deber como demócratas estar al lado de los Estados Unidos en cualquier emergencia en que se ponga en peligro la libertad y los derechos

del hombre. Pero, como lo hacemos ahora no se necesita ser un prodigio de suspicacia para darse cuenta de que es una retribución²⁰.

Esta forma de plantear las cosas era un Chile posible, pero rara vez se traducían en actitudes y políticas concretas. Un juicio de realismo, escaso en el lenguaje público, estaba latente para ser aceptado. Lo sería a un alto costo en sufrimiento económico, a partir de 1973. ¿Era posible hacerlo antes, con menos sacrificio?

El núcleo de la crítica al "sistema CORFO" se puede encontrar en el decano de la prensa chilena, el más constante partidario de la economía de mercado:

Quince años de economía dirigida habrían reducido a la impotencia política a la más fuerte nación del mundo, porque le habrían restado el concurso de todos los ciudadanos que dentro de ella colaboran a la grandeza de la patria con el señuelo de hacer su propia fortuna y de obtener su propio lucro. Sería realmente fantástico que hubiera dejado incólume la estructura económica de un pequeño país en donde todo está por hacer y en donde no había en el momento de echarse a rodar el experimento, las acumulaciones de capital que permitan costear los ensayos y los tanteos. Todo indica que ha llegado la hora del cambio²¹.

El cambio fue limitado, la liberalización entre 1956 y 1961, en parte resultado de la Misión Klein-Saks, aunque respondía a un sentido de urgencia más amplio y a la frustración con la economía política de la CORFO. El presidente del Banco Central, Arturo Maschke, decía que "las inversiones extranjeras privadas necesitan un clima propicio que no siempre pueden encontrar en aquellos países de frágiles estructuras económicas, afectados por gérmenes inflacionistas y sometidos a restricciones bancarias"²².

A lo largo de este libro se ha dado suficiente testimonio de cómo, en general, desde una perspectiva marxista se veía la historia del siglo XX como un redomado fracaso. Lo era también para un economista de nota, Aníbal Pinto Santa Cruz, uno de los mentores intelectuales del "sistema CORFO", y que veía la esencia del país como la vinculación del centro y la izquierda (Cap. VIII), escribía en 1958:

Por qué se ha tenido tan poco éxito en estos aspectos fundamentales? (...) En primer lugar, y en lo que se refiere a productos básicos, los países adolescentes encaran los escollos provenientes de la limitación naturales. Pero, aunque los tengan, el problema no está resuelto. Para colocarlos en el mercado internacional en condiciones de competencia, necesitan explotarlos con un grado satisfactorio de eficiencia, esto es, de costos compatibles con los de otros exportadores. Ello, por lo general, requiere considerables inversiones, que no están al alcance de sus medios o que precisan arbitrios diversos que exceden la capacidad o estado

de su organización institucional, política o social. Habitualmente solo los inversionistas extranjeros han podido emprender la tarea. Y a este respecto ya vimos que los 25 años examinados no han sido un período comparable al siglo pasado. La corriente de capitales ha sido débil y, además, se ha manifestado una tendencia muy marcada al desenvolvimiento de substitutos industriales de muchos productos primarios; por otra parte, un buen número de materias primas o bienes básicos no ha ofrecido perspectivas suficientemente atractivas en los mercados principales, debido al lento crecimiento de su demanda o a otros factores⁵³.

No está claro el programa económico que auspiciaría Aníbal Pinto, pero sí iba en la dirección de la reforma social, y apuntaba a la escasa inserción de la economía chilena en el mercado global, a pesar que sólo desde allí provenían las inversiones importantes. En coincidencia con este juicio, pero partiendo desde la premisa de que sí se podía imponer una reforma desde la pura lógica económica, se fortaleció en un grupo de (principalmente) economistas de orientación liberal, la idea de fortalecer el papel del mercado y la apertura hacia la economía mundial.

Relacionados con el grupo empresarial en torno a *El Mercurio*, nació en 1968 el Centro de Estudios Socio-Económicos (CESEC), que se vinculaba también a los economistas de la Universidad Católica de Chile. Estos habían desarrollado una visión de la teoría económica siguiendo las pautas estrictas de las tendencias de la Universidad de Chicago, y tuvieron gran éxito profesional en Chile, aunque su influencia estuvo limitada por el momento a los estudiantes de ese centro. Navegaban a contracorriente y aquí sólo recibirían mención como contrapunto, si no fuera por lo que sucedió después⁵⁴. Los editoriales de *El Mercurio* fueron por muchos años las únicas columnas desde las que se defendía un regreso a la orientación pre-depresiva, de antes de los treinta, claro que con las técnicas económicas modernas.

Se trataba naturalmente de columnas fornidas, que los responsables económicos de todas las tendencias no dejaban de leer. En torno a ellas se formó el grupo que después lideró la reforma económica de los setenta, entre ellos estaban Sergio de Castro, Pablo Barahona, Adolfo Pipino, Sergio Undurraga, Sergio de la Cuadra, el sociólogo Emilio Sanfuentes. Los inspiradores directos o indirectos de esta generación fue la gente que giraba en torno a *El Mercurio*, el mismo propietario, Agustín Edwards Eastmann, Carlos Urenda Zegers, el entonces joven Hernán Cubillos, Arturo Fontaine Aldunate. Por la Facultad de Economía de la Universidad Católica entraron en contacto tres potencias de la Universidad de Chicago, Theodore Shultz, Milton Friedman y Arnold Harberger.

Las ideas venían siendo sostenidas de manera sistemática por el diario casi desde los días en que se originó la CORFO; en todo caso desde los cincuenta, cuando

se veía la frustración con el sistema, aunque se mantuviera inalterada la fe en esa entidad. Los males no eran muy diferentes a los que había señalado Aníbal Pinto:

No se puede vender sin comprar ni se puede producir a ritmo creciente sin ensanchar los límites del mercado, para así reducir el costo por unidad y aumentar los volúmenes de producción. Por eso mismo, la política seguida en todas las naciones occidentales es hoy la de aumentar sus exportaciones y orientar sus economías hacia la expansión de mercados extranjeros esencialmente en moneda dura (...) abandonando el concepto estrecho de las autarquías y de la clausura dentro de las fronteras nacionalistas⁵⁵.

Ni el centro ni menos la izquierda tenían como paradigma a las economías occidentales. Dentro de estas, resonaba con fuerza el nombre de Ludwig Erhard, el padre del "milagro alemán", referencia entonces en boga. La tesis avanzaba en el sentido de abrir el mercado nacional a la competencia externa, algo que muchos empresarios chilenos próximos a la derecha veían con temor:

Nuestro desarrollo industrial no se verá perjudicado por un incremento de la competencia externa, puesto que las empresas chilenas que sean incapaces de competir con el exterior serían reemplazadas por industrias que se puedan desarrollar con un tipo de cambio real mayor resultante de las nuevas condiciones de comercio exterior. En este sentido lo que cambiaría no es nuestro nivel de industrialización, sino que la composición de la producción nacional⁵⁶.

Estas líneas se escribían en la "Página Económica", una columna de *El Mercurio*, redactada por economistas y editorialistas como Arturo Fontaine Aldunate, para explicar los alcances de la reforma propuesta. Esto es lo que haría diferente a esta reacción contra los límites del "sistema CORFO", o contra el mismo sistema, diferente a las críticas liberales o conservadoras de antes. Ahora se trataba de crear una persuasión pública de manera coherente, una suerte de ideología. Ya se verá lo que fue de este optimismo y de esta doctrina. Gustavo Ross también había tenido una arquitectura de ideas coherentes, pero no había pensado en transformarlas en una persuasión pública. Esta sería la labor que inspiraron o llevaron a cabo empresarios de "nuevo tipo". Uno de ellos Pedro Ibáñez Ojeda, miembro de la Sociedad Mont Pelerin, fundación internacional para promover la libertad económica, considerada por muchos en los años sesenta una rareza del pasado. A través de su puesto de senador, y como fundador de la Escuela de Negocios de Valparaíso (después Universidad Adolfo Ibáñez), ayudó a efectuar esa conjunción entre empresarios y política que tanto decidiría en el futuro⁵⁷. Pero en los sesenta, todo eso estaba más allá del horizonte.

También desde el Gobierno se avizoraba la crisis de crecimiento, tal cual Carlos Ibáñez tuvo que rendirse ante la evidencia en 1955. Eduardo Frei palpó la alternativa de una salida moderada a este dilema. Habiendo contenido las tendencias más radicales en su partido, nombrado a Edmundo Pérez Zúñovic (1912-1971) como Ministro del Interior, en mayo de 1968 colocó a un "hombre de la CORFO" como Ministro de Hacienda; Raúl Sáez. Su misión explícita era convertir en política consistente las palabras de Eduardo Frei, pronunciadas poco antes: "Todo el mundo pide más; quiere que se haga. Pero el problema es cómo obtenerlo. Sólo podemos lograrlo con más trabajo, con más esfuerzo, con más producción". Frei había adoptado el discurso de Jorge Alessandri, y que este repetiría en 1970. Asegura Sáez que asumió el cargo por imperativo del deber, "ante los graves problemas que confronta nuestro país". "Sabemos que los problemas que Chile confronta son varios y serios, un presupuesto fiscal fuertemente desequilibrado pese a los ingresos excepcionales que el país ha obtenido del elevado precio del cobre". Ha llegado la hora de restringir el consumo y poner el acento en el ahorro productivo. Sáez reconoce palmariamente que no se puede esperar por una eternidad que los recursos para las inversiones y el crecimiento vengan de la ayuda externa. "El financiamiento de estas inversiones se debe lograr fundamentalmente con el ahorro nacional, público y privado. El aporte de ahorro externo es importante, pero sólo puede completar el ahorro propio". En este esfuerzo deben participar todos los sectores sociales, los trabajadores incluidos, no sólo "los más ricos" y el sector público. Luego hizo una definición de lo que debería ser la economía política en esas circunstancias, es decir, la relación entre Estado y economía:

Es responsabilidad del Estado abrir el camino, crear condiciones precisas y continuas, fijar las reglas del juego según las cuales pueden desenvolverse la empresa privada y la inversión extranjera. Ambas aportan iniciativa, capacidad de organización, tecnología y capital nacional y externo; crean ocupaciones, dan trabajo estable e impulsan el crecimiento económico, factores fundamentales para preparar un nuevo paso hacia adelante en el avance social de nuestro país, basado en la creación de recursos permanentes que permitan sostener dicho avance sin la necesidad de una situación extraordinaria en el precio del cobre o de una permanente ayuda externa que ya ha elevado el endeudamiento a niveles peligrosos y, por cierto, sin limitar la libertad y la democracia que procuramos perfeccionar⁵⁸.

Desde esta perspectiva, se insistía también en los límites de la empresa privada. Uno de ellos era que los "grandes servicios" como ferrocarriles, ENDESA, ENAP y otros, debían ser reservados para el Estado, el cual, en algunas áreas, era indispensable que se asociara con los privados, como el cobre y la CAP y la tuición

por el Estado de los procesos de integración latinoamericanos. Esta era la reforma máxima posible dentro del espíritu del Estado de compromiso; era quizás también la última oportunidad de una modernización orientada a la democracia y a los modelos occidentales de la economía mundial. Raúl Sáez permaneció un mes en el cargo, ya que se sintió desautorizado por el Partido Demócrata Cristiano al momento de negociar su propuesta. Frei mantuvo su mensaje y una política sensata de las circunstancias, pero se esfumó la reforma más profunda que quizás todavía era posible. En 1969 sacó bajo la manga otra solución mágica, la "nacionalización pactada" de la Gran Minería del cobre.

El subsidio natural: auge de la "cuestión del cobre"

A partir de 1945, el cobre comenzó a instalarse en las discusiones de economía política internacional en Chile⁵⁹. Al cerrarse todo horizonte en torno al salitre, el cobre pasó a ser la nueva fuente de la esperanza en el "subsidio", esta vez en el sentido de que algo se le sustrajera de manera injusta, muchas veces como expoliación, a la economía chilena. El senador demócrata cristiano Radomiro Tomic, fue el político chileno que más insistentemente promovió una política primero de control por parte del Estado, y después de nacionalización de las compañías norteamericanas. Fue el más obstinado promotor de una radical soberanía económica. Esta noción, aunque no necesariamente marxista, desde el punto de político, correspondía a la práctica del marxismo en el poder, como racionalización de la productividad y la justa distribución. Tomic habló del cobre como "don de la providencia" para Chile; y como "viga maestra" del desarrollo nacional⁶⁰. Junto a estos tres elementos, conciencia de sustracción, integrar al cobre en una política "racional" y encontrar la llave maestra para el desarrollo, dieron alas a un impulso irresistible que condujo a la nacionalización, dentro de una creciente esperanza en las virtudes de las planificaciones.

Ya se ha hablado acerca de la historieta sobre el precio del cobre en la Segunda Guerra Mundial⁶¹. La Guerra Fría, por la pugna acerca de las materias primas, le añadió un elemento más polémico todavía a la posesión de este recurso natural. La chispa que encendió la mecha fue la decisión del gobierno norteamericano a raíz de la guerra de Corea de fijar el precio del cobre. De inmediato estalló en Chile la guerrilla contra Washington y las compañías. Fue instantáneo que se comparara con la fijación del precio en la Segunda Guerra Mundial. La clase política y prácticamente todos los actores públicos se unieron a coro para repudiar la medida, que tenía mucho de mirada aislacionista de parte de EE.UU.; suponer que todos tenían que compartir con la misma intensidad la estrategia y la finalidad de Washington en la Guerra Fría. Los norteamericanos incluso se

extrañaban que no hubiera más solidaridad chilena, y los chilenos se indignaban porque su apoyo político a EE.UU. no era compensado en mas ayuda para la industrialización y la "independencia económica" de acuerdo a las "ideologías del desarrollo"⁶². En Chile se abrió camino casi sin oposición el afán de extraer más y más recursos del cobre, según el supuesto de que lo que quedaba en el país era menos de lo que debía ser. Esta actitud permanecería inalterable hasta 1971.

En mayo de 1951, Chile firmó el Convenio de Washington, por medio del cual se le concedió al país un precio tres centavos más alto por libra de cobre, así como el 20% de las ventas en un mercado de libre elección. Rápidamente esto fue considerado insuficiente ante el alza del precio en el mercado europeo, no sometido al control. En 1952 La Moneda no renovó el Convenio y asumió la totalidad de las ventas por medio de la Ley 10.255. En la práctica las compañías ayudaron al Banco Central a moverse por el terreno fangoso del mercado mundial. Y, por supuesto, muy luego el cobre empezó a bajar de precio y el fisco se quedó con un sobrante de 100 mil toneladas, que después imploró a EE.UU. que lo adquiriera para su reserva estratégica.

Entretanto, las compañías intensificaban sus presiones a Chile para lograr un acuerdo de otro tipo. De hecho, con la mencionada Ley, la carga tributaria llegó a su máxima expresión, cerca del 70% de las ganancias; los chilenos respondían, con cierta razón, que no conocían las intimidades del manejo de las mismas. Esta desconfianza perduró hasta 1971. La carga tributaria tenía muchos aspectos irracionales, consecuencia de la mentalidad infantil de que "los gringos nos hacen lesos". Las cifras siempre se discutirán. Aquí se acepta como la investigación más seria, la de Markos Mamalakis, quien dividió los ingresos de ambas partes como "distribución internacional de las ganancias". De acuerdo a ello, desde los años treinta a los sesenta, Chile recogió el 87% de las ganancias y las compañías el restante 17%. Estas no lo hacían mal, pero el país por entradas fiscales y otras vías logró una ingente suma de recursos⁶³.

Las compañías, además, a petición de Santiago, en estos años actuaron como agentes oficiosos de los intereses del Estado chileno ante el gobierno y la banca norteamericanos. Hasta el final, hasta 1969, estaban permanentemente amenazados de nuevas medidas tributarias, y en las presiones sindicales el Estado tendía a buscar soluciones "políticas" que se efectuaran a costa de las compañías. Era una de las razones de por qué éstas se apuraban en ayudar a Chile en sus cuitas de divisas ante las fuentes norteamericanas, o ellas mismas debían hacer adelantos al gobierno chileno.

Por otro lado, como se ha visto, al "desarrollo frustrado" se le agregó en estos años la crisis inflacionaria, y hacia 1954 se pudo tener una visión mas mesurada acerca de la necesidad de mantener una relación más madura con las compañías.

Fruto de ello fue la gran mayoría parlamentaria que aprobó el "Nuevo Trato", nombre de consonancias rooseveltianas, o Ley 11.828, que racionalizaba los tributos, dando incentivos al aumento de la producción. La legislación le dio también autonomía al Departamento del Cobre, entidad a partir de la cual se creó un grupo de interés, partidario en última instancia, de la nacionalización.

A los dos años comenzó a crecer la demanda por nuevas políticas más activas de parte del Estado. La estabilización en las relaciones entre el Estado y las compañías, nunca logró legitimidad real, hasta los noventa al menos, en otro contexto, con otros actores. Se quería más y más del cobre; los problemas de Chile se solucionarían con exigir o nuevos tributos o nacionalización, que dejarían en el país la rentabilidad de las compañías. Entre 1961 y 1963 parece haberse dado el giro decisivo en los debates públicos. El cobre era un subsidio a la inversa, que Chile le entregaba a las compañías. Nada podía parecer más absurdo. "(Hay que afirmar) el derecho de la nación chilena y su voluntad de manejar el Cobre como la primera palanca de penetración nacional en el mercado mundial, de creación de divisas y de diversificación y capitalización industrial [es el porvenir de Chile el que se juega en el cobre!]⁶⁴. Ante el dramatismo de las palabras de Tomic, era difícil en la atmósfera de los sesenta pensar en otra alternativa a la de nacionalizarlo.

En la campaña electoral de 1964 Allende se comprometió con la nacionalización como objetivo central, aunque al igual que en 1970 sin entrar en mayores detalles. Frei no creía mayormente en esta medida tan radical, ni era una propuesta para el favorito de Washington. De ahí que sacara el lema de la "chilenización del cobre". Esta consistió en un acuerdo con las compañías, apoyado con entusiasmo por el Departamento de Estado, para comprar el 51% de El Teniente a la Kennecott, y hacer lo mismo con algunas minas de la Anaconda, aunque esta no dejó que se tocara a Chuquicamata. Pero las compañías mantuvieron en lo esencial el control de la gestión y comercialización. Los norteamericanos consideraron que los convenios habían sido muy favorables hacia ellos. El alza extraordinario del precio, debido a la guerra de Vietnam —la última vez que los conflictos jugaron este papel— volcó las críticas contra los convenios, que sólo pudieron ser promulgados como ley después de una larga discusión en enero de 1966.

La presión nacionalizadora que llegó a la propia Democracia Cristiana, llevó a Frei a acordar la "nacionalización pactada" en 1969. Fundamentalmente consistió en la compra del 51% de Chuquicamata, aunque su gestión continuaría por años en manos de la Anaconda. Una vez más, Washington apoyó la medida ya que suponía una compensación convenida de mutuo acuerdo, en momentos en que el gobierno militar peruano nacionalizó intereses petroleros norteamericanos sin compensación, exigiendo encima que se restituyeran recursos. En el caso chileno, los intereses norteamericanos quedaron satisfechos.

Esta "nacionalización pactada", sin embargo, rompió el último dique para una nacionalización completa, pura y simple. Carlos Altamirano, el tronante líder de la extrema izquierda, a su voto negativo añadió el comentario que lo único bueno del convenio era que indicaba que la "nacionalización" era el camino hacia el que debía moverse el país⁶⁵. Un informe de los jesuitas decía que esta medida "no puede mirarse en forma estática" y que la nacionalización avanzaba⁶⁶. Un nutrido grupo de comentaristas se juntó para reforzar la idea de que toda nacionalización del cobre era más que nada "restitución", y una forma de recuperar lo que en el mejor de los casos se había perdido por debilidad o malas negociaciones.

Esta última era la idea que animó la reforma constitucional impulsada por el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende. No sólo se nacionalizaba la Gran Minería, culminando en la votación unánime del Congreso Pleno el 11 de julio de 1971, sino que constitucionalmente se la vinculaba con el principio, que se sostenía, tenía que hacer escuela, de las "rentabilidades excesivas". A la indemnización a pagar, según el informe, en la práctica inapelable de una comisión chilena, se le deducirían las "rentabilidades excesivas", aquello que se consideraba las compañías habían ganado en demasía, a partir de un hipotético 10% "justo" comenzando en 1955. De esta manera, las compañías no sólo no recibirían indemnización, sino que tenían que pagar al Estado chileno casi 400 millones de dólares por "rentabilidades excesivas". Así se le daba un envoltorio más elegante a la postura peruana (que transaría en 1972), ahora alcanzando el lenguaje filosófico en su defensa, citando un partidario de ella a San Buenaventura, que los convenios anteriores eran "acaparamiento de lo ajeno bajo el velo del contrato"⁶⁷.

Se debe adelantar que la Gran Minería, —regida a partir de esta fecha por la Corporación del Cobre, CODELCO, fundada en 1965— no tuvo un mal desempeño en manos del Estado. Quizás no ha tenido el dinamismo de una empresa privada, pero en los treinta años transcurridos no mostró al menos en el mismo grado la esclerosis de tanta empresa pública. Tampoco significó la "interdependencia" económica del país, en el sentido que le habían dado por tres décadas los defensores del proceso. Se puede decir que hacia mediados de siglo se había llegado al máximo de lo que se podía extraer del cobre en recursos fiscales. Salvador Allende justificó así su determinación ante la Contraloría General de la República:

Las relaciones económicas internacionales que ha sufrido nuestro pueblo se basan sobre una estructura constitutivamente injusta, que impone a los países dependientes decisiones adoptadas unilateralmente por los hegemónicos (...) Que el atraso y la pobreza que afectan a numerosos pueblos de la Tierra no son fenómenos que pueden canalizarse fuera del

contexto de las relaciones económicas internacionales entre países pobres y países ricos. La inversión extranjera es uno de los mecanismos que —se afirma— puede contribuir a la elevación de los niveles de vida y al aumento de las tasas de crecimiento de los países subdesarrollados. En el hecho, sin embargo, tal mecanismo se ha convertido en un elemento más que, junto a la dependencia financiera y el intercambio desigual, configuran la subordinación de las naciones atrasadas frente a las económicamente poderosas⁶⁸.

Esto es lo que llegó a ser conocido como la "Doctrina Allende". A poco andar, nadie tomó muy en serio la doctrina de las "rentabilidades excesivas", en la sustancia quizás inventada por los bolcheviques en 1917. Lo arriba enunciado, en cambio, que era pensado como justificación al cobro de las "rentabilidades excesivas", muestra una interpretación de larga data acerca del puesto de Chile en el mundo. Es marxismo y es la interpretación marxista de la "teoría de la dependencia", tan en boga entonces. La idea de que algo se le debe al país, algo que le ha extraído injustamente, hasta con alevosía, hace justificable la exigencia del *subsidio*, entendido ahora como rescate de lo que es propio. Refleja esa actitud de la cultura chilena y latinoamericana de que alguien, algo, un actor, un "sistema", es la fuente de los males nacionales. Es cierto que el marxismo refleja también una parte del alma moderna. Chile, se repite por enésima vez, es actor y parte de la *política mundial*.